

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

ANTIMATERIA



curtis garland



El primer meteoro cayó sobre la Tierra en 1908. Su lugar de impacto, fue una colina remota, en las proximidades del curso del Podkamenaiia Tugunska. A menos de cien yardas de Kansk. Al noroeste del lago Baikal. En Rusia. En la Rusia zarista, exactamente. Aquél fue el primero. Un meteoro casi olvidado en la noche del tiempo pasado. Un incidente de insignificante apariencia, en la historia del mundo. El segundo cayó casi setenta años más tarde. En otro lugar muy distante. Muy diferente, geográfica y políticamente.



Curtis Garland

Antimateria

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1136

ePub r1.0

Titivillus 29-11-2019

Curtis Garland, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

ANTIMATERIA

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.136

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal: B. 7.377 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1972

© CURTIS GARLAND - 1972

texto

© MIGUEL GARCIA - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.133.— De mente a mente.

En Colección **PUNTO ROJO**:

521.— Pasos en mi pesadilla.

CAPÍTULO PRIMERO

METEORO

El primer meteoro cayó sobre la Tierra en 1908.

Su lugar de impacto, fue una colina remota, en las proximidades del curso del Podkamenaiia Tugunska. A menos de cien yardas de Kansk. Al noroeste del lago Baikal. En Rusia. En la Rusia zarista, exactamente.

Aquél fue el primero. Un meteoro casi olvidado en la noche del tiempo pasado. Un incidente de insignificante apariencia, en la historia del mundo.

El segundo cayó casi setenta años más tarde. En otro lugar muy distante. Muy diferente, geográfica y políticamente.

También eligió una montaña, más abrupta y difícil que la suave colina de Kansk, en la Rusia de los Zares, durante el reinado de Nicolás II. Una montaña en los Adirondacks, al norte del estado de Nueva York. No lejos de otro río, el Saint Lawrence, fronterizo con el Canadá.

Como entonces en la Rusia zarista, hubo una explosión terrorífica, una enorme columna ígnea, que remataba una nube en violenta ebullición, como si una bomba termonuclear hubiera estallado en territorio norteamericano.

El estado de emergencia nacional se declaró inmediatamente. Tropas y aviones se dirigieron a la zona de la terrible explosión. Funcionó el «teléfono rojo» de la Casa Blanca, y del Kremlin. También el recién instalado en Pekín. Nadie sabía nada. El radar permanecía inalterable. No había proyectiles intercontinentales. Los sistemas de alerta no habían funcionado.

El Centro Sismográfico avisó de la posibilidad de un impacto de meteorito. Se confirmó la circunstancia un poco después. Jodrell Bank, en Inglaterra, confirmó la posibilidad. Monte Palomar avisó; había detectado el descenso de un objeto celeste sobre la zona norte del estado de Nueva York.

Hubo periódico sensacionalista que avisó de una posible invasión

extraterrestre. Los OVNI saltaron a la primera plana de las ediciones especiales y a los noticiarios televisados. Pero todo estaba en calma, tras el estallido en los Adirondacks.

Científicos y geólogos se encaminaron hacia el lugar del posible impacto, cerca de Tupper Lake. Otra curiosa coincidencia con el suceso de Rusia, junto al lago Baikal. [1]

Y la gente, inquieta, esperó las consecuencias de aquel estudio sobre lo ocurrido en las montañas neoyorquinas.

Tras un informe previo, se implantó rigurosa censura oficial sobre los hechos y datos procedentes del área del suceso.

Eso aumentó los comentarios, rumores, cábalas y fantasías. El silencio oficial continuaba, exasperante. Los sensacionalismos crecían desmesuradamente. Pero cierto, convincente, no había nada.

El viaje de un científico ruso a los Estados Unidos, no se pudo disimular demasiado. Y el hecho de que aquel científico fuese director del equipo de Serpoukhov, donde se había logrado aislar, en 1971, una antipartícula, correspondiente al Helio-3 —formado por dos protones y un neutrón— dio lugar a las cábalas más fantásticas.

Porque el científico del acelerador gigante de Serpoukhov, capaz de producir en su interior colosal hasta 76 GeV (Giga-electrón-voltios), precisamente había obtenido su fama mundial por su trabajo en una cuestión, en una materia que, era precisamente, todo lo contrario de sí misma:

La Antimateria.

—¿Antimateria?

—Eso dije, sí: antimateria, profesor.

—Cielos... Antimateria en un meteoro... Las dudas y perplejidades del profesor Kulik, de la Academia de Ciencias de Moscú, en 1827, diecinueve años después del impacto del meteoro fantástico en Kansk, muerto ya Nicolás II, que fue el primer interesado en esclarecer el enigma de la explosión gigantesca... La teoría audaz, luego confirmada, de los profesores Chamberlain y Segré, en el Cosmotrón de Brookhaven... Y la realidad del acelerador de Serpoukhov, con la partícula de ante-Helio 3...

—Antimateria, sí. Era un anti meteoro, para hablar con exactitud

cargado de partículas antimateria. Y, como entonces en la Rusia zarista, no produjo cráter, sino que desintegró árboles, rocas, incluso una cabaña de pastor, con sus dos ocupantes y su cercado de cabras... y un automóvil con sus pasajeros. De todo ello no queda rastro. Pero no hay cráter. Solamente terreno llano, yerto, pelado, sin huella de nada sobre su superficie dura, pétreo, limpia...

—¿Y del meteoro...?

—Apenas unos rastros leves: piedrecillas, fragmentos que se han retirado para su estudio científico, en el más riguroso secreto. Por eso quiere verle el Presidente, profesor. Al parecer, se ha hallado algo muy importante en esas muestras. Algo que convierte en insignificantes incluso a las más recientes piedras lunares.

—Acaso en esas piedras... esté la clave misma de la antimateria, más allá de un simple anti-Helio 3.

—Sí, profesor, tal vez. Su colega, el profesor Yuri Panarov, de la Unión Soviética, experto de Serpoukhov en antimateria, está ya en Washington. Seguramente cambiarán ustedes impresiones personales sobre la cuestión. Ésa parece ser la idea del Presidente. Y ha sido citado, asimismo, el secretario general de las Naciones Unidas.

—Eso parece indicar algo grave, ¿no, Rothman?

Cabe Rothman, ayudante y hombre de confianza del profesor Luther Strauss, pareció meditar brevemente, antes de responder, con el ceño fruncido:

—Sí, profesor. Parece que algo grave ha sucedido en los Adirondacks, pese a todo... Pero lo que ello sea... es top secret. Asunto confidencial del Gobierno, profesor. Creo que no sabremos nada hasta que el Presidente hable con usted, con Panarov, y con el secretario general de las Naciones Unidas...

El profesor Strauss sacudió la cabeza, preocupado.

—Todo lo que sea en torno a algo tan terrible y desconocido aún para el hombre, como es la antimateria... me preocupa y... me asusta, Rothman —dijo roncamente, con la mirada fija en el vacío.

Rothman, silencioso, se limitó a asentir.

El automóvil se detuvo frente al edificio de Le Corbusier. El sol brillaba en el vidrio de los ventanales incontables de la fachada vertical de las Naciones Unidas, frente a First Avenue. Las banderas ondeaban, por su orden alfabético, ante la Avenida, agitadas por la

húmeda brisa del East River.

Salió el secretario general, exhibiendo su sonrisa estereotipada, cara a los objetivos de las cámaras de televisión, noticiarios y Prensa gráfica, camino de la Secretaría, desde donde se dirigía, cosa de unas dos horas más tarde, al edificio de la Asamblea General. La reunión no tardaría en comenzar. El asunto, era secreto del sumario aún, y se hacían toda clase de cábalas en torno a ello.

El tema de la misteriosa y gran explosión en los Adirondacks, estaba en todas las mentes, sin embargo. Pero el secretario general, con afable y evasiva sonrisa, se limitó a eludir cualquier pregunta al respecto, hecha por los reporteros de turno.

Poco más tarde, empezaron a llegar las respectivas delegaciones, en sus coches de matrícula diplomática. Todo el colorido esplendoroso de las Asambleas internacionales en el edificio de la ONU, cobraron su despliegue inusitado.

Pero sobre las razones de todo aquello, la incógnita continuaba subsistiendo...

Y los ojos de los curiosos, hacinados enfrente del palacio mundial de Naciones, tenían una meta fija: las cinco mil cuatrocientas ventanas de cristales calorífugos de la fachada de la Secretaría...

¿Qué estaba ocurriendo dentro de aquel edificio anexo de la ONU?

¿Qué se iba a discutir en la Asamblea, inmediatamente?

Todo estaba aún en el aire. Luego, inesperadamente, se anunció la llegada presidencial. Los motociclistas y agentes federales, en coches oficiales, abrían paso al largo automóvil negro, con la bandera de Estados Unidos desplegada, donde viajaba el Presidente. Insólitamente, iba a asistir a la Asamblea el máximo mandatario del país. Las dudas y la tensión crecieron de grado en el exterior. Los periodistas y cámaras se desplegaron alocadamente ante la inesperada visita a la ONU, para recoger la efemérides.

El secretario general salió del edificio de la Secretaría, sonriente, para recibir al Presidente.

Entonces sobrevoló el helicóptero azul sobre las Naciones Unidas.

Era un incidente sin importancia aparente. Llevaba tras de sí una cola fluorescente, anunciando una famosa marca de cigarrillos. Era uno de los muchos helicópteros o avionetas comerciales que sobrevolaban la ciudad a cualquier hora del día. Aquél, en particular, no ofrecía nada notable en sí o en su modo de volar

tranquilamente la zona ribereña del Este de Manhattan.

Súbitamente, estalló el caos.

Y la Muerte descendió sobre las Naciones Unidas.

Directamente hacia el Presidente de Estados Unidos... y hacia el secretario general de la ONU, en el momento en que ambos hombres públicos estrechaban cordialmente sus manos antes los reporteros.

CAPÍTULO II

«M - 31»

Hubieron de coincidir varias circunstancias, para que Brian Kervin estuviese ese día ante el edificio de la ONU, justamente cuando el atentado contra el Presidente y el secretario general, se desencadenó desde el cielo neoyorquino.

La primera de todas, que un hombre se pusiera súbitamente enfermo. Era el agente de Defensa y Seguridad Nacional del FBI, Walter F. Blondell. Uno de los hombres más brillantes y eficaces de la Oficina Federal de Investigación.

La segunda, que Cyd Darrin estuviese en Nueva York.

Y la tercera... que el Presidente visitara las Naciones Unidas, para asistir a una especialísima sesión de la Asamblea General, convocada con carácter de urgencia.

Brian Kervin se hospedaba en el Plaza, cuando recibió la llamada telefónica de su «vieja y querida tía de Washington, encargándole que acudiera a ver a su tío, que estaba muy enfermo, a causa de una súbita dolencia».

La mano veloz de Kervin taquigrafió sin demora el mensaje telefónico familiar, dado por la gangosa voz de «tía Emma», desde la capital federal. Nadie, escuchando aquella conversación vulgar por teléfono, hubiera entendido nada, ni hubiese advertido cosa anormal alguna.

Luego, la clave era complicada, aunque Brian la descifró con rapidez, sobre el *texto* taquigrafiado. Los signos taquigráficos cobraban un valor especial, bajo el prisma de un código también cifrado en taquigrafía... y todo adquiría nuevo sentido.

El mensaje definitivo fue concreto y preciso:

«Preséntese Naciones Unidas dos en punto tarde.
Escolte y vigile Presidente Nación. También cuide
secretario general. Peligro. Asamblea tema vital

seguridad país y paz mundial. Agente M-22 enfermo repentino por ingestión alimentos mal estado. Sospechosa intoxicación. Laboratorio analiza latas malas condiciones. Informaremos datos precisos. Mucho cuidado. Máxima cautela. Hay riesgos graves para todos. Asunto, cifras clave 70-WW-20-LH-48. Suerte. M-01».

Brian Kervin frunció el ceño. M-01 era Emmett H. Pearson, Director de la División de Defensa y Seguridad Nacional del FBI. El agente M-22, era Walter F. Blondell. El «Asunto 70-WW-20-LH-48», pronto fue localizado en el código Especial de Casos de Máxima Emergencia. Brian lo encontró en su librito en clave:

«Meteoro Adirondacks. ANTIMATERIA».

—Antimateria... —susurró, preocupado.

Y sabía de lo que iba el asunto. La antimateria había sido pura teoría siempre. Elucubración científica, y muy poco más. Las ideas de anti-Universos, anti-Mundos y todo eso, eran más ciencia-ficción que otra cosa.

Pero el meteoro ruso de 1908, no fue ficción. Tampoco el de los Adirondacks, unas semanas antes. Y menos aún el resultado de los análisis previos, llevados a cabo por el Gobierno de Estados Unidos, en colaboración con el soviético, sobre residuos rocosos del meteoro de los Adirondacks: antipartículas.

En suma: Antimateria.

Antimateria...

Parecía no ser nada, pronunciado así. Sin embargo, era algo terrible. Brian Kervin lo sabía. Era un principio físico realmente estremecedor: toda materia era destruida por su anticuerpo que, a su vez, se destruía a sí mismo. Toda partícula, aniquilada por la antipartícula. Todo elemento químico podía ser pulverizado, en una reacción alucinante, por su anti-elemento. Así, los soviéticos, tiempo atrás, habían logrado aniquilar el Helio-3, gracias a

partículas de anti-Helio 3, en el acelerador gigantesco de Serpoukhov.

Sólo que siempre era difícil adaptar la mente a un hecho cierto, a una realidad tangible, partiendo de una simple teoría previa.

La teoría ya no era tal. Era realidad. Algunos científicos poseían antipartículas. Y en los Adirondacks, algo había caído del cielo, portando antimateria.

Era el fin de una época. El principio de otra, acaso más terrible que nunca lo fue ninguna. Acaso el principio del fin para todos, si la antimateria se liberalizaba, para destruir a la Materia.

Y ésa era su misión ahora: vigilar al Presidente de la nación, al secretario General de la ONU. Y vivir pendiente de una nueva y terrorífica expresión científica: Antimateria.

Además de todo eso, estaba, naturalmente, Cyd Darrin.

Ella era el segundo factor. Y un factor con faldas, y sobre todo con aquellas formas bajo las citadas faldas, era muy de tener en cuenta, cuando un hombre era el elemento directo en la cuestión.

Especialmente, cuando ese hombre era Brian Kervin, agente especial

M-31

de Seguridad Nacional... cuya primera debilidad era la acción y el peligro. Y la segunda... las mujeres.

Las mujeres hermosas, claro.

Cyd Darrin era mujer. Y era hermosa.

Por tanto...

—Por tanto, ¿qué hacemos, Brian?

Kervin fumó en silencio unos instantes. Era difícil abordar el tema. Oteó el panorama grisáceo, la polución inexorable, planeando sobre Manhattan, como un hongo gris de otra fuerza tan destructora como la propia desintegración nuclear, pero más lenta e insensible. Los rascacielos, también grises, se perdían en el amasijo brumoso de esa polución ciudadana, enemigo silencioso de la Humanidad en las grandes concentraciones urbanas.

—Tú tienes que entenderlo —dijo—. Sirves al Pentágono, ¿no es cierto, Cyd?

—Sabes que sí. Y tú al FBI. En el fondo, trabajamos para un mismo amo —rió ella, con una nota sarcástica en su voz, desabotonando la

bata flotante que envolvía su cuerpo turgente.

—Tío Sam —recitó, con un bostezo, Brian. Luego, contempló la belleza de la muchacha. Los grises ojos de Kervin no revelaron procacidad ni deseo. Estaba demasiado de vuelta de muchas cosas para acusar sus emociones internas. Ni siquiera ante una hembra como Cyd—, en resumen: almuerzo en el restaurante de las Naciones Unidas, café en la Asamblea General y aburrimiento escuchando interminables discursos que luego la televisión repetirá íntegros en sus boletines informativos. Demasiado duro, Cyd.

—Eres un cínico, Brian —rió la belleza rubia, envolviendo ahora su busto en un corpiño. Brian la ayudó, al captar un gesto de ella, abotonando atrás el *bra*, sobre la lustrosa espalda rosada.

—Claro. ¿Lo descubriste hoy? —comentó él, entornando sus ojos irónicamente. Luego la ayudó a ajustarse un suéter marrón. La falda *beige*, se la puso ella, sobre su breve *slip*, azul pálido como el corpiño. Era una falda tan corta, que era como no llevar ninguna; unas botas blancas, charoladas, completaron el atavío. El conjunto resultaba tan excitante como ella misma. Brian respiró hondo, al contemplarla, con aire crítico, mientras ella alisaba su largo pelo dorado, caído en cascada sobre los hombros.

—¿Qué miras, Brian? —quiso saber ella.

—Una de las maravillas del mundo moderno —rió él entre dientes, acomodándose en el brazo de un sillón—. Cyd Darrin, rubia e increíble.

—Se lo habrás dicho a tantas... —suspiró ella, con recelo.

—Claro —rió de nuevo Kervin—. Pero suena bien, ¿no?

—¡Eres un sinvergüenza! —Se enfureció ella, tirándole el pesado cepillo de mango de plata, con el que peinaba sus cabellos lisos, como oro hilado.

Le pasó rozando, y se estrelló en un espejo de marco dorado, haciéndolo añicos. Brian soltó una leve carcajada, aplastando su cigarrillo con parsimonia, ante la mirada furiosa de Cyd, en un pesado cenicero de cristal.

—Cínico, sinvergüenza... Oh, Cyd, ese lenguaje en una chica que juró adorarme, hace sólo unas horas.

—¡Era otro momento, maldito bribón! —se exaltó la bella agente del Pentágono—. A veces, una mujer es demasiado débil ante un hombre que le gusta. Incluso una mujer que sirve al Pentágono y se

jugó la vida con frecuencia, en defensa de sus ideales...

—Enternecedor —suspiró él—. Diré al Presidente, si tengo un aparte con él, que eleve un monumento a la mujer americana, personificada en la rubia Cyd Darrin, en medio del Capitolio. A ser posible, claro... Será muy enternecedor. Y atraerá muchos turismo, aseguro.

—A veces, me gustaría asesinarle, Brian Kervin —se irritó la rubia joven.

—¿Sólo a veces?

—Lo malo es que otras... pienso que te quiero demasiado y que hay que aceptarte tal como eres. Con todas tus virtudes, y todos tus defectos.

Se lanzó inesperadamente en sus brazos. Brian se dijo que las mujeres que mejor sabían besar, eran las agentes y espías. Quizá porque era una asignatura obligada en su profesión. Pero ahora, Cyd no actuaba como profesional. Sino simplemente como mujer. Y tuvo que volverse a vestir para ir a la ONU, una hora antes de las dos de la tarde.

Ella formaba parte de una especial fuerza secreta de seguridad del Pentágono. Brian, iba como agente de servicio, en presencia del Presidente. Es todo lo que le dijo a Cyd.

Y la rubia muchacha del Pentágono, no pareció dudar de su palabra. Ni entre ellos surgió para nada la menor alusión a un tema prohibido y casi «tabú»: Antimateria.

—Antimateria... Sí, Kervin. Lo sé. ¿Usted es M-31?

—Lo soy, señor Presidente —afirmó Brian, algo sorprendido.

La mano del primer mandatario de Estados Unidos, apretó con cordialidad la de su compañero en el coche oficial de la Casa Blanca. Luego, el vehículo se detuvo en el claro extendido ante la Primera Avenida y el edificio internacional. En torno, los gallardetes multicolores de las naciones miembros, eran como el festón de adorno a una simple Feria Mundial. La Feria de los problemas, los peligros, las guerras y la paz. Y muchas cosas más. Eso era la ONU. Quizá ahora más que nunca.

El Presidente miró al exterior, a través de los cristales de las ventanillas. Vio gente agolpada, curiosos, los eternos manifestantes, con sus no menos eternas, inútiles y variadas pancartas, protestando

siempre contra algo, fuese lo que fuese. Y policía, milicia, miembros de las Naciones Unidas, guardia metropolitana...

Allá al fondo, en la puerta del edificio de la Secretaría General, asomó su titular, siempre sonriente ante la opinión pública, aunque sombras de inquietud velaran sus pupilas ostensiblemente.

—Kervin, me siento preocupado —dijo el Presidente con sinceridad.

—Le creo, señor —afirmó Brian, pensativo, mirando al exterior, con cautela—. Es un tema inquietante.

—Quiero hablar con usted cuando termine la Asamblea. Antes hablé ya con Hoover. Y con su director, Pearson. Ambos me hablaron de usted. Ya sabía referencias concretas por su *dossier* personal —sonrió, mirándole admirativo—.

M-31

es una especie de monstruo sagrado del mundo secreto de los espías y contraespías, ¿no?

—Pues no tanto, señor —rió Brian de buena gana—. Tuve fortuna, buenos aliados, oportunidad... Todo lo que diferencia, a veces, un éxito de un fracaso.

—Y la vida de la muerte.

—Tal vez. —Brian se encogió de hombros—. La muerte es un riesgo más. Nunca pienso en él.

—¿Quizá porque siempre estuvo tan cerca que llegó a familiarizarse con ella?

—Pudiera ser. Lo que me preocupa es la muerte de los demás.

—Y el peligro de los demás —sonrió débilmente el primer mandatario norteamericano.

—Sí, por supuesto... —Brian inclinó la cabeza. Luego, el coche se detuvo. Kervin puso su mano en la portezuela, aguardando a que el Presidente decidiera salir. Le miró con franqueza a los ojos, nobles y limpios—. Sobre todo, en estos momentos, su vida, señor Presidente. Y su peligro.

—¿Cree de veras, como Hoover, como la CIA, que peligro en este instante?

—Parece que hay informes concretos. Peligra usted y el secretario general. Alguien desea que esto no se termine bien, que la Asamblea no se celebre. No sé por qué, pero...

—Lo malo, Kervin, es que yo sí sé por qué —musitó el Presidente, con voz ahogada—. Y eso es lo que me asusta...

—¿Es tan grave, señor?

—Mucho, Brian —le miró con lealtad—. Usted entenderá en seguida cuando se lo diga: ha ocurrido en los Adirondacks. Hay pruebas, evidencias, indicios claros...

—¿Puedo saber... de qué, señor?

—Sí, amigo mío —habló cansadamente el Presidente—. Puede saber de qué. Sólo usted, fíjese bien. No el ciudadano americano Brian Kervin, sino... el agente especial

M-31.

Es el único, por ahora, que puede saber lo que va a discutirse ahí. Y la razón de ello... ¿Sabe, Brian? Alguien se apoderó de antipartículas en los Adirondacks...

Luego, el Presidente se decidió, súbito. Abrió la portezuela, ayudado por su acompañante, Brian Kervin,

M-31.

Salió al exterior. Avanzó hacia el secretario general. Se estrecharon la mano, con una abierta sonrisa de circunstancias, cara a los informadores gráficos.

Luego, la muerte cayó del cielo...

CAPÍTULO III

LA MUERTE LLUEVE DEL CIELO

Brian clavó sus ojos en el helicóptero comercial azul, unos segundos antes de suceder todo. Quizá eso pudo influir en lo que luego ocurrió en la gran explanada de 13 Primera Avenida, frente al edificio de la ONU.

No le sorprendió la presencia del helicóptero. Resultaba demasiado habitual esa forma de publicidad en el cielo de Manhattan, para intrigar a nadie en particular. Lo que sí le extrañó, es que el vehículo aéreo perdiera altura y se inclinase acusadamente hacia la fachada del anexo de la Secretaría, justo en el momento de encontrarse los dos prohombres públicos.

Quizá por ello, la luz roja de emergencia, dentro del cerebro de Kervin, funcionase de súbito, con el fulgor vertiginoso de su intuición, poniéndole alerta ante lo sospechoso, que sólo él descubría, en la maniobra de inocente apariencia del helicóptero.

Y quizá también por ello, rápidamente, Brian renunciara a esgrimir su poderosa «Walther PFK», calibre 44, para recurrir a algo más poderoso y efectivo, que requirió con brusco ademán, de un vecino militar de la Fuerza de Seguridad del Pentágono, situado junto a él. Era un fusil ametrallador de gran potencia y precisión, que esgrimió, resueltamente, al tiempo que emitía un ronco grito, casi salvaje, lanzándose fuera del coche presidencial.

—¡Cuidado, el helicóptero! ¡Ese azul! ¡*Cuidado todos!*

Y se precipitó, sin respeto alguno, sobre el Presidente de la nación y sobre el secretario general de las Naciones Unidas, aún estrechando su mano ante reporteros y cámaras de Prensa, cine y televisión.

Derribó a ambos, en medio de un sorprendido caos. Alrededor suyo, hubo revuelo, confusión y dudas. Muchos, temieron que Brian fuese un anarquista, en pleno atentado contra las dos más importantes personalidades políticas del mundo en aquellos momentos.

Arriba, el helicóptero azul derramó la muerte sobre el East River y el edificio rectangular de la ONU.

Una extraña y fría muerte azul, que nadie hasta entonces había conocido...

El chorro de luz azul, como helada, como el centelleo de un sol de invierno sobre un bloque de hielo polar, partió del helicóptero y se derramó sobre la explanada, entre las incontables banderas multicolores, desde Austra o Australia, hasta Zambia y Yugoslavia, pasando por la azul e internacional de la propia ONU.

Ardieron las telas policromas de las banderas, estallaron sus astas como de puro vidrio quebrado, reventaron flores y arbustos, en un extraño y silencioso caos, acompañado simplemente de un raro crujido, un chisporroteo; sordo y alucinante. Un humo, un vapor nebuloso, azulino, se elevó de los puntos triturados, desintegrados, abrasados o pulverizados por la fantástica fuerza surgida del helicóptero.

Esa misma luz azul alcanzó a algunos soldados, policías, agentes, curiosos e incluso miembros del personal de las Naciones Unidas.

Ocurrió algo extraño, increíble: ellos no fueron desintegrados, diluidos... Ellos, por el contrario, parecieran de repente transformarse en maniqués, en formas rígidas, en seres humanos de madera o de piedra. Y, como estatuas auténticas, rodaron por el suelo, envararas e incapaces de soportar su equilibrio.

Su piel se tornó gris azulada, como una enfermedad: un eczema asombroso. Se quedaron quietas, igual que los restos humanos de Pompeya, tras sufrir el baño de lava del volcán. Igual que simples y helados fósiles inauditos, perdidos allí, en pleno Manhattan, entre un horror de gentes en fuga, de alaridos, de convulsión, de caos insólito.

Arriba, el helicóptero azul flotaba en el azul gris de la atmósfera polucionada de la gran urbe, sobre la isla majada de agujas de cemento, vidrio y aluminio. Ronroneó su motor y giró su helicoidal impulso, lanzándose la liviana nave sobre la ONU.

Brian, abatido sobre el secretario general y sobre el Presidente, que yacían en el umbral de la Secretaria, protegidos de la luz azul de muerte por las columnas, un macizo de flores y un denso seto, y también por unos grandes macetones floridos, alzó en sus brazos, sin moverse del duro suelo de mármol y piedra, su fusil ametrallador recién obtenido.

Apuntó hacia el helicóptero que se venía encima, rugiendo sus

hélices en el aire, quizá a punto de vomitar su segunda ráfaga azul mortífera sobre ellos.

Y empezó a disparar rabiosamente, apretando el gatillo del arma automática, como un poseso. El fusil rugió, tableteante, escupiendo ráfagas centelleantes, anaranjadas, vomitando piezas de duro níquel, proyectiles que acribillaron materialmente el fuselaje azul, los curvos vidrios del helicóptero, e incluso pulverizaron, haciéndolas quebrar en fragmentos, las hélices giratorias sobre el gran mosquito de metal.

Dentro, hubo figuras humanas en movimientos espasmódicos, salpicaduras escarlata sobre los vidrios, la nave giró alocada, volteó en el aire, y descendió luego, dando tumbos, hacia el lugar de la tragedia.

Estalló, con una llamarada violenta, contra los parterres y setos de las Naciones Unidas, terminando por estrellarse contra el muro de la Biblioteca Internacional, que desgajó en una esquina, antes de reventar, despidiendo fragmentos ígneos de metal, trozos de vidrio, cuerpos humanos desgarrados, y sibilantes, peligrosas chispas azules que, a su contacto con césped o arbustos, diluían éstos en una humareda tenue, gris-azul.

Finalmente, se hizo un dramático, torvo silencio sobre el lugar. El humo oscuro se elevaba del helicóptero destruido a balazos por Brian Kervin. El Presidente, el secretario general, el propio Kervin, se incorporaron a medias, contemplando el caos. Dos cazas a reacción sobrevolaban ya Manhattan, raudos. Cuatro helicópteros de la policía, se aproximaban veloces.

—Parece que todo pasó —jadeó el Presidente, aturdido aún.

—Dios mío, ¿qué fue eso? —indagó el secretario general, angustiado.

—No lo sé, señor —dijo

M-31

—. Me temo que es sólo el principio de algo mil veces peor. Y ojalá me equivoque...

—No, no se ha equivocado, Kervin. En absoluto.

El profesor Luther Strauss meneó la cabeza con energía, en sentido negativo, al tiempo que hacía tal aseveración. A su lado, en silencio,

Gabe Rothman, doctor en Física, recogió una serie de documentos e informes técnicos recién examinados por Strauss. Su mirada oscura y pensativa, se clavó, a través de sus lentes de montura metálica, plateada y ancha, en Brian Kervin, que aún contemplaba en actitud meditativa y sombría, el luminoso exterior de Manhattan, a la luz vespertina, solamente con el velo gris de los humos industriales, formando una madeja neblinosa sobre el East River y el Palacio de las Naciones Unidas.

—Me lo temía —susurró Brian, con tono grave.

Había otros personajes silenciosos y sombríos en la estancia. El propio secretario general, hablando por teléfono allá al fondo, reservadamente, en tono casi de murmullo, pegado al micrófono. El vicepresidente de Estados Unidos y el jefe de Prensa de la Casa Blanca.

La mirada azul y cansada, pero tremendamente inteligente y sensitiva, del profesor Luther Strauss, fue hasta Kervin también. Gabe Rothman suspiró, metiendo los documentos en una carpeta que cerró con una curiosa cerradura electrónica de alta seguridad. Sería preciso destruir aquella cartera para ver su contenido. Y antes de que eso sucediera, un sistema especial de ácidos, actuaría dentro, disolviendo los documentos de top secret.

—De todos modos, no es lo que la gente se imagina —comentó Strauss—. Ya he oído por un boletín de urgencia televisado, una sarta de tonterías sobre la antimateria, Kervin.

—El ataque en la explanada de la ONU parece responder a lo que la gente teme del término «antimateria» —señaló el jefe de Prensa del Gobierno federal, dubitativo—. ¿No lo era?

—Cielos, no —sonrió Strauss, sacudiendo con énfasis su cabeza. En su solapa, bailoteó la tarjeta plástica que, como la de su ayudante, Gabe Rothman, mostraba una serie de cifras clave, correspondientes a su identidad y cargo dentro de los trabajos ultra secretos del Gobierno norteamericano, sobre la Antimateria y otras cuestiones de Física Nuclear de los Estados Unidos—. No era «antimateria», ni mucho menos. De haberlo sido, me temo que de todo lo que nos rodea, y de nosotros mismos, caballeros, quedaría poca cosa en estos momentos.

—¿Con qué fuimos atacados, entonces? —quiso saber el vicepresidente.

—Una arma nueva, un ingenio destructor realmente terrible, pero que no tiene nada en común con la antimateria —explicó Rothman, a un gesto de su jefe, el profesor Strauss—. Están analizando las muestras de ácido epidérmico de las personas afectadas por el rayo azul, y lo grave es que esas personas, según informes de Sanidad, están agonizando sin remedio. Su piel toda, es una costra dura, un caparazón que les asfixia los poros, aniquilándoles rápidamente. No han encontrado antídoto aún, y los médicos no saben qué hacer. Tal vez en pocas horas logremos algo, pero se teme que para entonces sea demasiado tarde, señores.

—Sí. La misma forma de energía que destruyó plantas, madera, vidrios y toda clase de cosas susceptibles de quebrarse, parece que endureció mortalmente la piel de los directamente afectados a esa luz azul. —Strauss apoyó las palabras de su segundo cansadamente, con cierta fría indiferencia, propia de un científico—. Eso es una incógnita aún y nos hace suponer que el adversario que utilizó semejante recurso, posee notables conocimientos de tipo químico, físico o lo que sea. En suma, maneja recursos de la más moderna Ciencia. Yo no me sorprendo ya por nada, señores, pero les advierto que quien atacó hoy a la ONU, es peligroso. Muy peligroso, sea quien sea.

El secretario general colgó el teléfono. Se volvió a ellos. Todos le miraron con cierta avidez. Kervin, en espacial, sintiendo rígidos sus nervios.

—De las diecisiete personas afectadas por esa extraña arma, han fallecido ya once, según acaba de comunicarme el doctor Rienzi, de la Organización Mundial de la Salud —informó el secretario general, con gesto amargo. Sacudió la cabeza, pesimista—. Y se teme que en los próximos minutos, fallezcan los demás irremisiblemente. Es como si estuvieran envueltos totalmente en piedra, señores.

—¿No hay esperanzas, algún posible remedio, una identificación del mal...? —dudó el profesor Strauss agitadamente.

—No, profesor —rechazó el prohombre de la ONU—. Ninguna por ahora.

Reinó el silencio en la estancia confortable de la Secretaría, Brian y el vicepresidente cambiaron una ojeada. Pensaban lo mismo. El político lo expresó con palabras:

—Si el Presidente llega a ser afectado... —musitó.

—Hubiera ocurrido, de no ser por él —convino el secretario general, señalando a Brian con energía—. Nos salvó a ambos de recibir directamente el rayo azul.

—Sí, ha prestado un servicio de incalculable valor al país y a todo el mundo, Kervin —musitó el vicepresidente, que ahora asumía todas las atribuciones presidenciales en la reunión. Por estrictos motivos de seguridad, el primer mandatario había sido obligado a regresar a la Casa Blanca, fuertemente escoltado.

—De modo que la Asamblea tuvo que interrumpirse, por el ataque de un simple helicóptero —comentó Rothman tabaleando pensativo sobre su cartera hermética, conteniendo los documentos secretos.

—Eso es —convino

M-31

—. Por tanto, alguien relacionado con la desaparición de antipartículas en los Adirondacks. El ataque, con un arma nueva, aumenta esas posibilidades. Significa que una potencia o una organización de grandes recursos, nos ataca.

—Y que pretende poseer antimateria, y no ser perseguida antes de tiempo, quizás mientras logra mantener aislados y controlados, en una forma de conservación que aún no he logrado explicarme, los residuos de antimateria logrados en el lugar donde cayó el meteoro —era el profesor Strauss quien completaba el comentario del agente federal.

—Sí, eso supongo —admitió Brian. Para preguntar, acto seguido—. Pero..., ¿cómo *saben positivamente* que hubo un ladrón de antimateria en las montañas de Nueva York?

—No hablamos en teoría, Brian —suspiró el vicepresidente de la nación—. Hemos comprobado la presencia de un vehículo que se trasladó allí incluso antes que nuestros expertos. Un vehículo que dejó un cierto rastro radiactivo a su paso. Un vehículo blindado, posiblemente con una cámara dotada de diversas capas o paredes de plomo y otros metales, de zonas de vacío y de cuanto aislante sea preciso, para contener muestras de ese «algo» que hemos dado en denominar «antipartículas», o partículas negativas, formadas por neutrones y antiprotones de cualquier materia, con lo que tendríamos núcleos perfectos de antimateria, a las que sólo sería preciso situar en capas orbitales, con partículas positivas en lugar

de electrones... para haber logrado la más perfecta y alucinante antimateria imaginable en ese terreno hasta ahora de la más pura hipótesis, Kervin.

—Y ese vehículo, ¿no ha podido ser seguido, localízalo, dejando radiactividad tras de sí? —dudó Brian.

—En efecto. Más que eso; ha sido hallado. Está siendo manipulado cuidadosamente por expertos. Su índice radiactivo es igual al de la zona donde se estrelló el anti meteorito. Pero no hay nadie en él, y su contenido y ocupantes han desaparecido... junto a un campo de aviación en desuso.

—Un campo de aviación... —Frunció el ceño

M-31

—. Eso quiere decir que las presuntas antipartículas se fueron por el aire, a alguna parte. Con sus propietarios actuales.

—Eso es. El peligro está en un punto evidente —habló Rothman. Su delgado rostro bronceado, revelaba nerviosismo, inquietud—. Si han obtenido muestras que soportaron el choque con la materia de nuestro suelo, significa que son partículas de otra especie de antimateria. Y por tanto, en condiciones de ser aisladas, controladas y acaso conservadas. Algo así como poseer, entre nosotros, una oculta superbomba que, en cualquier momento, podría pulverizar al planeta y la humanidad entera, si a un fanático se le ocurriese tal idea.

Brian asintió, en el silencio dramático que reinó dentro de la Secretaría. Quizá por ello, el suave timbrado del teléfono, sobresaltó a más de uno. El secretario general corrió al teléfono. Lo tomó, asintiendo con rapidez. Luego, llamó a Strauss:

—Profesor, es el doctor Rienzi, de la OMS...[2] Quiere hablar con usted. Es urgente.

Luther Strauss, el científico austríaco, nacionalizado americano, dio las gracias brevemente al prohombre de la ONU, y acudió al teléfono con rapidez. Le oyeron hablar en voz baja, pero no captaron nada de cuanto reía con su comunicante. Al final, colgó con una seca despedida, y regresó lentamente hacia ellos. Sus ojos brillaban de modo extraño.

—¿Y bien, profesor? —le interrogó, tenso, el secretario general—. ¿Qué le dijo el doctor Rienzi, si puede saberse?

—Ustedes sí pueden saberlo, caballeros —suspiró sombrío el

científico—. No usaré los términos técnicos que utilizó conmigo el doctor Rienzi, ni es preciso. Seré escueto. Ustedes entenderán lo mismo. Hay indicios de la clase de arma que se utilizó.

—¿De veras? —se interesó Kervin vivamente.

—Sí —afirmó el profesor—. Por cierto que ya es tarde para intentar salvar a ninguno de los desventurados que recibieron sobre sí esa energía mortal... Ha perecido el último de los pacientes con la epidermis endurecida, como la piel de un rinoceronte o la superficie de una roca.

—Dios mío... —jadeó el vicepresidente.

—Es penoso, pero confío en que hallemos algún remedio en futuros y posibles casos, si todo es como el doctor Rienzi me ha informado.

—¿Qué clase de arma suponen que fue utilizada? —insistió Brian Kervin, agente especial

M-31.

—El Rayo ZW, señores.

—¿El Rayo ZW? —Pestañeó Rothman, sorprendido. Abrió mucho sus ojos oscuros, tras las gafas—. Pero, profesor, siempre se dijo que Zoltan Weyland jamás llegó a producir semejante rayo...

—Pues parece que se equivocaron —sonrió tristemente su jefe y colaborador—. Mi querido Gabe, el Rayo ZW existe.

—Y, si no me equivoco, el profesor Zoltan Weyland, su creador... desapareció misteriosamente, hace cosa de cinco o seis meses —habló Brian Kervin, con la frente surcada de profundas arrugas.

—Sí —afirmó Rothman, volviéndose hacia él, ceñudo—. No se equivoca. Se dijo que había sido raptado por agentes secretos de alguna potencia socialista, pero eso nunca se confirmó. Ni Weyland apareció de nuevo jamás.

—Zoltan Weyland —la rubia Cyd Darrin asintió, tras revisar una ficha en su archivo de datos—. Sí, Brian. Físico e investigador germano-húngaro. Evadido de Hungría durante la peor época política del país, tras primera Guerra Mundial. Nacionalizado americano. Desaparecido en este mismo año, hace exactamente cinco meses y diez días... Se habló de un secuestro por parte de los comunistas, pero no se ha confirmado, y tanto los húngaros como otros países del «telón de acero» negaron semejante cosa.

—Ahora resulta que el Rayo ZW, es un arma real, no una utopía de

investigador —comentó Brian, echando una ojeada a la ficha del Servicio de Información Militar del Pentágono, donde vio el rostro rugoso y apacible de Zoltan Weyland, su melena blanca, erizada, que recordaba la de Einstein o Ben Gurion. Meneó la cabeza, pensativo, y desvió los ojos, deteniéndolos en otro punto infinitamente más atractivo para él: la bellísima Cyd. Añadió, con aire ausente, como si aquellas formas no se dibujaran rotundas ante sus ojos, junio al gris metálico y frío del archivador—: Y que el rayo ZW se relaciona, de algún modo, con alguien ene estuvo en los Adirondacks, apoderándose de posibles muestras de antimateria llovida del espacio.

—Brian, eso significa que hay dinero, medios cuantiosos y fuerza, tras todo ello —le indicó, pensativa, Cyd, mordiendo su gordezuelo y delicioso labio inferior, como si fuese la pulpa de un sabroso fruto—. En suma: o una gran potencia... o una organización al estilo de la Mafia.

—Posiblemente ambas cosas unidas —rezongó Brian—. El ataque con helicópteros es un procedimiento de violencia propio de gangsters y criminales profesionales: el camión habilitado para portar antimateria, es un enigma. ¿Cómo podía saber alguien que iba a caer un meteoro con antipartículas, en un lugar de este país?

—A menos que el tal meteoro... no sea un proyectil llegado de un punto terrestre —señaló agudamente Cyd, ron sus ojos brillando astutos.

—Es una posibilidad, pero... —Brian enarcó las cejas—. Pero el radar no detectó nada. El sistema de alarma nacional no funcionó. ¿Tiene sentido?

—No, claro que no —suspiró Cyd, cerrando ya el archivador, tras reintegrar la ficha del científico desaparecido, a su lugar dentro del mueble. Paseó por el despacho, en aquellas oficinas del Pentágono en la ciudad de Nueva York. Era un espectáculo admirable ver a Cyd moverse de un lado a otro, con breve falda, sus botas hasta los muslos, su ceñida blusa azul azafata, casi de uniforme. Ella meditó en voz alta, durante sus paseos—: Brian, ¿qué clase de lío tenemos delante?

—No lo sé —refunfuñó

M-31

—. El propio Presidente me ha encargado de investigarlo. Y no sé

por dónde empezar. He pedido informes sobre la forma en que desapareció Weyland, sobre todas sus investigaciones conocidas, sus amistades, sus contactos internacionales Ah, y también me he preocupado de algo que nadie ha recordado mucho hasta ahora.

—¿Qué es ello, Brian? —se interesó Cyd, sorprendida.

—El helicóptero.

CAPÍTULO IV

«MEMORY»

—El helicóptero...

—Sí —afirmó Brian Kervin, contemplando los fragmentos que fueran azules, y ahora sólo eran chatarra ennegrecida, jirones de metal desgarrado, tras la explosión en el aire, al ser alcanzado por las balas del fusil ametrallador de

M-31

—. El helicóptero azul. La única pista real con que contamos.

—¿Tiene algún valor como tal?

Brian paseó por entre los fragmentos de hélices, vidrios, asientos y hierros retorcidos, en aquel amplio recinto de los Laboratorios Federales. A su lado, Cyd Darrin, del Pentágono, iba contemplando curiosamente todo aquello.

—Lo tiene —afirmó Brian. Se volvió al hombre de mono blanco, provisto de gafas especiales, que trabajaba con un microscopio y unos líquidos, sobre planchas de metal, arrugadas y ennegrecidas—. Es uno de nuestros muertos. Está intentando descubrir algo.

—¿Cómo por ejemplo...?

—Como por ejemplo, el origen del helicóptero. No todo el mundo dispone de helicópteros. Hay que saber, si es posible, de dónde llegó, a quien pudo pertenecer.

—Eso ya lo tengo, Kervin —dijo el experto, sonriendo. Se volvió a él, y alzó sus gafas especiales, de vidrios coloreados.

—¿De veras? —M-31 fue hacia él, esperanzado—. ¿Qué encubriste, Kirk?

—Es un helicóptero privado. Estuvo pintado previamente de amarillo y negro. Luego, de azul. Solamente tengo aquí una empresa privada de helicópteros que haya usado semejantes distintivos, uno tras otro.

—¿Cuál?

—La Acmé Whirlbirds —explicó el técnico—. Una entidad que alquila helicópteros, con o sin piloto. Hace unos años, según mis

referencias, tuvo problemas con la Ley, debido a un contrabando de estupefacientes, llevado a cabo por pilotos de la compañía. Lo arreglaron a base de dinero, enterrando el asunto. Parece que tiene buenas influencias.

—Ya. Puesto que tienes tantos datos de la Acmé, supongo que podrás darme su dirección.

—Oh, sí. Tiene su factoría y pequeño aeródromo de helicópteros al norte de Nueva York, en la ruta de Albany. Te daré su dirección exacta, Brian.

—Gracias, Kirk. ¿Sabes algo del laboratorio, sobre los restos humanos de sus tripulantes?

—No, nada aún. Ve tú por allá. Quizá el doctor Masón tenga algo positivo.

—Sí, iré ahora. Antes de ir a ver a los de Acmé. ¿Vienes conmigo, Cyd?

—Me gustaría, pero también tengo mi trabajo —sonrió ella—. Debo volver al Pentágono. Te veré a la noche, si puedes dedicarme una hora.

—¿Una hora? La noche entera, si no hay problemas con esos helicópteros o con otro asunto imprevisible. ¿Qué tal si cenamos en Fuji? Sirven deliciosos platos japoneses especialidad en Sakiyaki. Y un buen Saké, claro. [3]

—Fuji... En la Cincuenta y Seis Oeste —asintió ella, risueña—. Estaré allí, a las ocho. Te esperaré hasta las nueve. Si no has llegado, cenaré sola, Brian.

—De acuerdo. Hasta luego, preciosa.

Le dio un cachetito en las suaves mejillas y emprendió la marcha hacia los laboratorios. Poco después, estaba con el doctor Masón.

—Sí, Brian —dijo el médico e investigador del FBI—. Hay noticias.

—¿Cuáles, doctor?

—No sé si son buenas o malas. Depende de lo que usted espere.

—Siempre espero lo peor, doctor Masón.

—Entonces, tal vez no sean tan malas —sonrió el investigador de los laboratorios del FBI—. Se trata de los dos ocupantes del helicóptero.

—Le escucho, doctor. ¿Eran realmente dos?

—Sí, eran dos hombres. Resultaron muy destrozados. Pero supimos inicialmente que uno era fornido y rubio, bastante alto; el otro, de

baja estatura, complexión débil, cabellos negros. No servía de mucho, pero teníamos también fragmentos de sus dedos. Obtuvimos huellas parciales de ellos. Todo eso se ha proporcionado a una computadora de fichas policiales.

—¿Resultado positivo?

—Sí —suspiró el doctor Masón. Se inclinó. Tomó dos fotocopias que tendió a Kervin—. Ahí tiene sus datos completos, tal como figuran en nuestros archivos de delincuentes habituales: Hasper Barnes y Neil McPather.

Brian tomó ambas fichas. Observó el rostro ancho y fornido de uno de ellos, intensamente pelirrojo. Y el del otro, afilado, anguloso, cetrino, de negro cabello lacio y grasiento. Sacudió la cabeza, cuando miró al pie de ambas fichas.

—Miembros de una misma organización —dijo, pensativo—. Memory...

—Eso es: Memory. Hay quien dice que es parte integrante de la Mafia. Otros aseguran que es independiente y se especializa en secretos internacionales. Una especie de Sindicato del Crimen a alto nivel de cancillerías.

—Memory es algo más que eso, doctor Masón —reflexionó Brian, memorizando las cartulinas codificadas de los archivos federales—. Es una célula política antiamericana, cuya objetivo primordial es minar la fortaleza del país.

—También figuran datos al respecto, sí —afirmó el doctor Masón, preocupado—. ¿Cree que esa organización provocó el atentado a la ONU?

—Pudiera ser —suspiró Kervin—. Ahora, voy a tratar de saber algo, doctor.

—¿Qué?

—Si una empresa privada de helicópteros de alquiler, llamada Acme, pertenece también a Memory, como me temo.

Era una extensión llana, entre Kingston y Litchfield, a cosa de milla y media de la carretera general a Albany.

Brian bajó de su deportivo automóvil blanco, contemplando pensativo el paraje. El aire fresco y húmedo de la tarde, jugueteó con sus cabellos, agitándolos, tras remover la hojarasca de las arboledas y las frondas de los largos setos residenciales, en torno al amplio claro como de media milla cuadrada.

Allí estaba el cartel anunciador, bien visible junto a una carretera secundaria.

ACME WHIRLBIRDS

Helicópteros. —Alquiler con piloto o sin él Viajes convenidos—. Precios módicos Gran servicio. —Seguridad y discreción.

El automóvil cuadriculado se detuvo tras el suyo. Brian, alerta, giró la cabeza.

Era un raro vehículo. Parecía un prototipo. Y debía de serlo. Un raro, plano, veloz prototipo de carreras, con un enorme número 13 sobre el capot. Su ocupante no debía ser supersticioso en absoluto, pensó.

El cuadriculado era raro: rosa y verde. Extraña mezcla. Casi dañaba a los ojos. Las dos cifras, el 1 y el 3, eran de color amarillo rabioso. El conjunto, era un delirio. Por si fuera poco, su piloto, con casco, gafas y mono de carreras, con cremallera, salpicado de distintivos y escuderías de marcas de grandes coches Fórmula 1, saltó del bajo asiento, alzando sus gafas y quitándose el casco blanco. Ondeó al viento vespertino su larga melena, de un rojo brillante, casi violento.

El piloto era mujer. Una mujer armoniosa, joven, espléndida, de indómitos ojos verdes, de fascinadoras curvas y sonrisa burlona y desafiante. Agitó una mano, enguantada con uno de aquellos guantes perforados, de *sportman*, habituales al volante de deportivos y coches de carreras.

—Hola —saludó.

—Hola —respondió Brian, en guardia.

Se miraron los dos. Ella pareció admirar la varonil apostura del joven de aire deportivo, cabellos castaños y burlones ojos grises. El recorrió sus curvas con la mirada, sin disimulos, y no pareció disgustarle a la joven corredora.

—Busco un lugar llamado El Bosque —dijo ella.

—No sé. —Brian se encogió de hombros—. Vengo de la ciudad. No frecuento esto.

—Yo tampoco —suspiró la automovilista, risueña. Luego, miró alrededor. Hizo un brusco gesto de entendimiento—. Oh, perdone. Ya lo veo allí...

Señaló un punto. Brian miró en esa dirección. Ella tenía razón. Leyó el cartel, casi tapado por una arboleda, señalando una loma boscosa, en dirección a los Montes Catskill:

EL BOSQUE. MOTEL-RESIDENCIA
PISTA DE CARRERAS PARA ENTRENAMIENTOS
DEPORTES

—Ya. —Brian sacudió la cabeza—. Un lugar para millonarios, ¿eh?
—¿Es malo ser millonario? —rió ella.
—Supongo que no —contempló el coche cuadriculado en rosa y verde—. Es el modo de hacer uno lo que quiere, sin darle cuentas a nadie. O cosa parecida, ¿no?
—Más o menos —ella rió entre dientes, de buena gana. Golpeó la carrocería blanca del «Ford Cobra» de Brian—. También con esto se corre bien. ¿Va a El Bosque?
—No —señaló los helicópteros—. Voy hacia allá.
—¿A volar? —Pareció decepcionada—. No me gusta eso; ni avionetas ni helicópteros. No tiene tanta emoción como lanzarse a más de ciento cincuenta millas por una pista.
La estudió, en silencio. Sus fosas nasales se dilataban, brillaban sus ojos, respiraba jadeante. Aquella criatura de pelo rojo, palpitaba al mismo ritmo de la velocidad de su coche. Cuando corría, su corazón también debía ir con el acelerador pisado muy a fondo.
—El helicóptero es lento. Y apacible —rió Brian—. Aunque lleve un coche que puede correr, si llega el caso no me gusta correr si no es imprescindible.
—Ya —ella enarcó sus cejas color cobre—. Espero que nunca sea imprescindible. Buen viaje por las nubes, hombre tranquilo.
Brian agitó la mano, en cordial despedida algo irónica. Ella subió a su prototipo de llamativo, estridente dibujo. Se perdió, con un rugido ronco, como un bólido entre la espesura, camino de la loma cercana. El aire apestó a gasolina quemada.
Brian sacudió la cabeza. Echó a andar hacia el pequeño aeródromo de helicópteros de la Acmé. Un sendero polvoriento, entre árboles, le condujo a los hangares y rectangulares pistas de cemento. Vio la forma de tres o cuatro mosquitos del aire, insectos de acero y

vidrio, con la helicoidal forma de sus hélices encima, inmóviles en los hangares. Olían a pintura muy reciente, color naranja. Debajo, debía andar el azul delator...

Dos o tres individuos, con monos color verde aceituna, se movían por entre ellos, repostándolos o repasando sus motores. La firma Acmé figuraba en grandes distintivos circulares, adheridos a sus uniformes de trabajo.

—Hola —se detuvo junto a uno de ellos, ya en el recinto.

El hombre le miró. Llevaba gorra verde aceituna también, con las siglas Acmé. Era una gorra estilo béisbol, de alargada visera. Su gesto no era muy amistoso.

—Hola —respondió—. ¿Alquiler de helicóptero?

—Puede ser —admitió Brian—. Es lo que busco.

—¿Con tripulación?

—A ser posible... sí —asintió él.

—Eso está mejor —rezongó el del mono y gorra aceituna, tomando un trapo donde secó sus manos de grasa—. Uno termina aquí anquilosado, si todo el mundo viene a alquilar el vehículo sin piloto. Venga. ¿Es por horas o por días, amigo?

—Todo depende del precio.

—No tema. Será barato. La empresa no anda bien. Se conforma con poco...

Rió entre dientes, tras su informe, echando a andar hacia un edificio de ladrillo, de dos plantas, donde sin duda tenían sus oficinas. Brian iba mirando todo en torno. Su apariencia era de perfecta normalidad, pero sabía que no podía fiarse de simples apariencias. Allí sucedía algo. De algún modo, estaban relacionados con Memory, nombre clave de una organización criminal antiamericana.

Pero podía ser un simple elemento de la entidad; o una parte de ésta. O, acaso, la totalidad.

El encargado del arrendamiento de helicópteros se llamaba Saunders. Rory Saunders. Y era un hombretón con aire de luchador de grecorromana. Fuerte, duro, musculoso, chaparro y malencarado, pese a su fingido aire cordial y sus terribles apretones de mano.

Brian Kervin le expuso su idea de alquilar un helicóptero con personal. Pidió dos pilotos expertos. Esperó la respuesta de

Saunders. Y ésta no se hizo esperar.

—Oh, desde luego. Dispongo de lo que busca. Los pilotos ideales, señor Kervin: Dave Wallace y Martin Alien. Ambos con excelente historial, probada capacidad, honradez y...

—No me interesan, señor Saunders —cortó fríamente Brian.

—¿Ah, no? —boqueó, asombrado, su interlocutor—. ¿Por qué motivo?

—Me hablaron de dos pilotos. Los mejores de la empresa. Un buen amigo me recomienda; y me citó a los dos pilotos ideales. Hasper Barnes y Neil McPather.

—¿Barnes y McPather? —Saunders arqueó las cejas, contemplándole risueñamente—. ¿Son esos dos, precisamente, los que quisiera para su helicóptero, señor Kervin?

—Sí, por favor —asintió Brian, con naturalidad—. Ellos... o ninguno.

—Bien, si es su deseo... —Saunders abrió una gaveta—. Veamos las listas de vuelo, a ver qué trabajo están cumpliendo ahora ellos dos, y... ¡No se mueva, señor Kervin, —o le mató!

Y su pistola automática, de cañón alargado por un silenciador, apuntó directamente al rostro de

M-31,

casi a quemarropa.

—Supongo que ésa será una broma —aunque de mal gusto— sonrió Brian, forzado.

—No, señor Kervin. Usted sabe bien que no lo es, puesto que busca a Barnes y McPather. ¿Verdad que está seguro de que no bromeo?

—Y el cañón de su «Luger», prolongado por el feo tubo pavonado del silenciador, se apoyó en la frente de Brian.

—Sí, empiezo a estar seguro de eso —aceptó Brian, con filosofía.

—Así me gusta —resopló Saunders—. Uno tiene que saber perder en todo momento... ¿Quién le envía?

—Cuando menos, dígame dónde estuvo mi error, antes de responder a ninguna pregunta.

—Bueno, el error estuvo en nombrar a los dos. Yo sé que ellos eran Barnes y McPather. Lo sabían ellos también. Pero ellos murieron sobre las Naciones Unidas. Nadie más puede saberlo, excepto el FBI, que los tenía fichados. Aquí, legalmente, y a todos los efectos,

incluso con documentación falsa, eran Smithy y Freeman. Ahí estuvo el error, Kervin.

—Ya. ¿Qué piensa hacer ahora conmigo? —suspiró Brian.

—Matarle, por supuesto. Usted es un policía, un agente. Seguro que uno del FBI.

—¿Ganará algo matándome? Vendrán otros.

—Para entonces, será tarde —rió Saunders—. Memory habrá desmantelado todo esto, y nosotros estaremos lejos. Acmé es un negocio ruinoso desde que acabó lo de las drogas. Sólo ha sido bueno lo de la ONU. Dinero abundante y fácil. Tarea rápida, aunque fracasada.

—¿Quién pagó ese dinero, Saunders?

—¿Me toma por tonto, Kervin? —Se irritó el encargado del aeródromo privado.

—Al menos lo intenté —suspiró Brian—. Después de todo, si voy a morir ahora, ¿qué más da lo que pueda descubrir?

—Eso es cierto. —Saunders se encogió de hombros—. Pero no podría decirle mucho, ni aun en ese caso. Nuestro cliente es sólo un nombre: Míster Dark.

—¿Míster Dark?

—Eso es; nadie le vio personalmente aquí. Pero paga bien. Muy bien.

—¿También en los Adirondacks?

—Oh, eso —él soltó una risita—. No hubo problemas. Una furgoneta especial. La trajo el propio míster Dark. Robada, según creo. Le acompañaron algunos hombres nuestros, con raros uniformes. De materia aislante, dijo él. Parecían buzos, astronautas, casi marcianos. Bueno, mientras pague bien. Y eso sí que lo hace.

—Es un agente enemigo, seguramente un extranjero. Y usted, aunque del hampa, es americano. ¿Puede cooperar en tal caso?

—Váyase al diablo. Para mí, lo más americano de todo, son los billetes. Con Washington en su anverso. Muy americano, sí. También las monedas de oro, claro. Soy muy americano, Kervin —soltó una agria carcajada y apretó el arma contra la frente de M-31

—. Ahora, buen viaje al infierno, polizonte.

—Espere aún, Saunders. ¿Sabe lo que está haciendo? Ayudar a que un maníaco o un enemigo del país obtenga la peor arma de todos

los tiempos, la que puede destruir no sólo al país, sino al mundo entero, a todos nosotros. ¡La antimateria, Saunders! ¿Es usted capaz de entenderlo?

—Antimateria —rió entre dientes, sarcástico—. He leído cosas de ésas en los diarios. Son pura teoría, nada cierto. Si un tipo está chiflado y quiere hacerse el amo del mundo, allá él. Mientras pague, le ayudaré. En cuanto a la antimateria, ¡pura fantasía, seguro!

—Ojalá fuera así —jadeó Brian—. Por desgracia, ya no es una fantasía ni una teoría. La antimateria existió siempre. Está en el Universo. En alguna parte. De allí ha llegado, acaso, una leve muestra de ella. Suficiente, sin embargo, controlada y manejada por una mente enloquecida pero inteligente, para acabar con todo y con todos. ¿De qué le servirá entonces su dinero profundamente americano, Saunders?

—Habla usted demasiado —bostezó el encargado de alquiler de helicópteros de Acme—. Váyase al diablo de una vez.

Y apretó el gatillo, disparando a quemarropa contra Brian Kervin, con el arma pegada a su frente, incapaz de fallar su blanco en modo alguno.

No. Saunders no podía fallar. Nadie falla, con el cañón de su arma apoyado en la piel de la presunta víctima.

Brian Kervin sabía eso. Y Brian Kervin sabía, por tanto, que apenas fuese oprimido aquel gatillo, la bala le destrozaría el cráneo, sin remedio. No podía evitarlo, y no lo evitó. Alguna vez tenía que morir. Se había librado otras veces. Pero siempre existe una en que el milagro no es posible. Ésta era esa vez.

Así que cerró sus ojos, suspiró, y se limitó a decir, cuando Saunders iba a disparar sin remisión:

—Dios perdone todo lo malo que hice, si es que puede.

Y estuvo seguro de morir. Más seguro de lo que jamás pudo estarlo en su vida de cosa alguna. Solamente en las malas películas o en los novelones pasados de moda, el arma se encasquilla en el momento supremo, el percutor cae en falso, y suena un chasquido, indicando que el disparo mortal ha fracasado, y el héroe sigue milagrosamente vivo. Como en los viejos seriales filmados para Pearl White o El Capitán Maravillas.

Sin embargo...

Cosa extraña. El percutor cayó en la «Luger». Su sonido fue un,

«¡clic!», seco, áspero. El eterno truco del autor sin imaginación, pensó Brian, en un alarde de humor, casi inverosímil en su actual situación.

El arma no vació bala alguna. Kervin pestañeó, incrédulo, entreabriendo los ojos. Saunders se echó a reír, apartando el arma de su frente, con aire cínico.

—Divertido, ¿verdad? —comentó—. Creyó morir, Kervin.

Brian pestañeó, mirando asombrado a su interlocutor. Saunders se inclinó, confidencial, jugueteando con su arma negra, pavonada y contundente.

—No he fallado —confesó—. Sencillamente, no había bala en la recámara. Sólo eso.

—Sólo eso. —Brian tragó saliva, enjugándose el sudor de un manotazo—. Vaya, ¿y dónde está el chiste?

—Debería reír a carcajadas, Kervin. Ha salvado usted el pellejo de milagro.

—Ya lo sé. Pero entre los seres humanos, todos los milagros tienen su explicación. ¿Por qué ha ocurrido este milagro?

—Sé lo que me conviene —resopló Saunders, tirando el arma sobre la mesa, y siendo él quien ahora se enjugó el sudor. Miró a la puerta cerrada de la oficina, receloso. Parecía asustado por algo. Y era la primera vez que lo demostraba sin disimulos—. Cuando se mata a un federal, siempre hay luego otro. Y otro. Y otro.

—¿Quién le dijo que yo soy un federal?

—Míster Dark, por supuesto.

—Míster Dark. Sabe demasiadas cosas, ¿no?

—Sabe muchas, sí. Maneja poderosas fuerzas. Tiene ojos en todas partes. Vigilan por doquier.

—Se supone que usted pertenece, a Acmé, Saunders.-

—Es cierto, sí.

—Y Acmé a Memory.

—Sí, también.

—Y Memory sirve a míster Dark, ladrón de partículas de antimateria.

—Eso me temo —resopló Saunders, agitándose inquieto.

—Entonces, ¿por qué actúa de este modo? Es lo que no pude entender aún.

—Sé cuándo está todo perdido —jadeó Saunders, más confidencial

aún—. Sáqueme de aquí, Kervin. Finja que me lleva preso, haga lo que sea, pero sáqueme de aquí y pronto. Tengo miedo.

—¿De qué o de quién?

—De todo y de todos. Yo no soy un pez gordo en este asunto. Memory es una organización, y yo un simple engranaje. Me temía esto, desde que falló lo de la ONU. Era una idea fantástica y estúpida.

—Que, pese a todo, estuvo a punto de resultar —masculló Kervin—. Bien, si quiere que coopere, sea sincero. Cuénteme todo, y fingiré que es mi prisionero.

—Después, Kervin, una vez a salvo, lejos de aquí. Le prometo hablar de todo.

—¿A salvo? ¿Lejos de aquí? ¿Qué quiere decir?

—Ellos saben que el FBI anda tras la pista —musitó asustado Saunders—. Y el FBI sabe que yo estoy metido en esto. Me conviene pactar con ustedes. Lo diré todo. Pero no aquí. No hay tiempo, Kervin. Será mejor irse. Finjamos algo, pero larguémonos en seguida. Me temo lo peor.

—Conforme. —Kervin extrajo su «Walter PP-K»,

con la que apuntó a Saunders—. Sígame. Diré que está usted bajo arresto, por cualquier motivo. Espero que resulte.

—Dios lo quiera. Tengo miedo, Kervin.

—¿A míster Dark?

—Tal vez sí —se incorporó, dócil, yendo, con sus brazos en alto, hacia la salida del edificio—. Tenga cuidado. Todo el personal de Acme pertenece a Memory. Si pueden, intentarán libertarme, y aniquilarle a usted.

—Procuraré que eso no ocurra —sonrió Brian—. Por usted y por mí. Echaron a andar. Salieron de la oficina. Saunders, bajo la amenaza del arma de Brian. Los empleados de mono color verde aceituna, se quedaron petrificados, viéndoles avanzar hacia la salida de hangares y pistas del viejo aeródromo en desuso, utilizado por la Acme.

—Será mejor que no intenten nada, o este federal me liquidará —gimoteó Saunders, muy en su papel—. Es del FBI. Un tipo peligroso. ¡Kervin, por Dios, no dispare!

Llegaron a las cercas de la zona. Dos de los empleados se deslizaron,

en maniobra inquietante. Rápido, Kervin les encañonó con su arma, en abanico. Su tono fue duro, acerado:

—¡Al primero que dé un paso le vuelo la cabeza! —masculló.

Se quedaron quietos aquellos dos. Pero un tercero se movió, sigiloso, tras el fuselaje de un helicóptero, a menos de veinte yardas de ellos. Brian se revolvió, disparando con celeridad.

La bala astilló el vidrio curvado del visor del helicóptero, en su parte frontal. El hombre del mono verde oliva, se echó atrás, quedándose rígido e inmóvil.

—Así está mejor —aprobó Brian fríamente—. La próxima vez, no dudaré en tirar a matar. No intenten proteger o liberar a su jefe. Saunders es culpable, y va a responder de sus delitos ante la ley federal, eso es todo. Será mejor que no se interpongan en mi labor.

Salieron del recinto, vigilados por la mirada tensa, expectante, de los hombres del mono verde aceitunado. Saunders se apresuró a correr, seguido por Brian, entre la arboleda. A sus espaldas, quedó la empresa Acmé, con sus helicópteros, hangares, viejas y agrietadas pistas de cemento, hierbajos silvestres acá y allá.

Repentinamente, sobre los árboles, emergió una forma ronroneante. Un gran insecto de metal. Color azul, no anaranjado, como los recién pintados vehículos aéreos de abajo.

Azul, como el que atacó en el East River, frente a la ONU.

—¡A tierra, pronto! —jadeó Kervin, arrojando de bruces a Saunders en una zanja profunda, salpicada de matorrales y arbustos en desorden. Cayeron al fondo, entre la hojarasca, que casi les cubrió por entero.

Luego, arriba, en el cielo de la tarde, reventó otra vez la muerte en un estallido azul de caos y de horror silencioso, sibilante.

CAPÍTULO V

AZUL, VERDE Y ROSA A CUADROS

Helicópteros, hangares, hombres, pistas de cemento, instalaciones... Todo fue como un apocalipsis repentino y pavoroso. Saltaron en pedazos muros, metales, vidrios. Los seres humanos de mono verde aceituna, se quedaron rígidos, petrificados, como deslumbrados por aquella especie de rayo azul que emergía del cielo nuboso. Y al caer, eran como pesadas figuras de bronce o bloques de piedra sin la menor agilidad. Su epidermis, rápidamente, se cubría de un duro matiz grisáceo, una especie de corteza o caparazón de gran dureza y extraña rigidez, que incluso se extendía al rostro, petrificando su gesto de estupor y angustia, quizá para siempre.

—¡Por Dios, no se mueva, no haga nada que pueda delatar su presencia aquí! —jadeó Kervin, cuando notó el nerviosismo de aquel cuerpo vecino, el de Saunders, agazapado en el fondo de la zanja—. ¡Si ese helicóptero asesino nos descubre, estaremos perdidos definitivamente, corriendo la misma suerte que todos los demás!

—Pero es horrible —jadeó Saunders, lívido, tembloroso entre la espesura que le servía de camuflaje ahora—. ¿Se ha dado cuenta, Kervin? ¡Lo destruyen todo con esa maldita luz azul del diablo!

—Un simple rayo destructor, como pudiera serlo el láser, aplicado con fines criminales, Saunders. No es del diablo, sino del propio hombre. Algo que podría ser eficaz y útil a la Ciencia... utilizado con fines destructivos. Llevamos siglos así, desde que el mundo es mundo. El hombre siempre trata de aniquilarse a sí mismo, por una u otra razón.

El ruido del motor del helicóptero, sobrevolando la zanja, hizo que Brian se agazapase rápido, pistola en mano, sujetando contra el fondo del hueco al impaciente y asustado Saunders. Las hojas volaron, la hierba se agitó, el polvo penetró en sus ojos, boca y nariz movido todo por la vorágine del propio helicóptero, en sus giros insistentes sobre la zona, yendo y viniendo, como buscando

algo o a alguien. Muy bajo sobre el suelo.

—¡Nos descubrirán, nos descubrirán! —jadeó, angustiado, Saunders, temblando en el fondo de la zanja.

—Serénese —avisó roncamente Brian—. Eso no sucederá, si se está quieto y domina sus nervios. No resuelve nada tener miedo. Y menos aún dejarse dominar por él.

El helicóptero se había alejado. Atrás, humeaba, en un informe caos de fuego y destrucción, toda la zona de instalaciones de Acme. Saunders respiró aliviado, pero aferró un brazo de Kervin, con energía, casi desesperadamente.

—¡Vamos, salgamos pronto de aquí, o esa gente nos localizará, Kervin! —apremió.

—No tema. No van a encontrarnos. Es prácticamente imposible. Todo eso nos cubre demasiado bien para sentir miedo de ser avistados desde el aire —tocó la densa hojarasca del terreno—. Estamos a salvo. Será mejor que se quede quieto y no se deje llevar por la impaciencia. Eso podría ser un error irreparable, si, como temo...

El rugido del gran insecto de metal, sobrevolando la zanja, insistente, le hizo enmudecer. Saunders gimió entre dientes. Y, de súbito, antes de que Brian pudiera evitarlo de algún modo, su prisionero cometió el gran error. Lo que jamás debiera haber hecho. Lanzó de repente un agudo grito, y se lanzó al exterior, brincando fuera de la zanja. Brian, a la desesperada, intentó evitarlo, frenarle. Cuando comprobó que eso era imposible, y además corría el riesgo de descubrirse él mismo, se precipitó al fondo, aplastándose entre hierbas y arbustos. Saunders corría ya a campo abierto, como un desesperado.

Y encima de él, aquel helicóptero.

Le habían localizado ya. Los ojos de los pilotos estaban fijos en el hombre que huía. Todas las ventajas estaban de parte de ellos. Y lo sabían muy bien.

El liviano aparato azul descendió sobre el hombre que huía. Le dio alcance, no tardando mucho. A menos de cien yardas de Kervin, pese a que el tal Saunders corría bien y deprisa, quizá por su propia y suicida desesperación.

Luego, sucedió lo peor.

Brian no necesitó verlo. Agazapado, escuchó el grito ronco, largo,

angustioso, entre el ronroneo del motor, sobre la zona boscosa.

Era el grito de alguien que se veía ante la muerte. Ante una inhumana muerte azul, llovida del cielo.

El rayo de luz azul cayó, centelleante, sobre el fugitivo. Un momento después, una grisácea estatua humana yacía entre la maleza, rodeado de arbustos quemados, de hierba calcinada, de tierra pelada, de manchones negruzcos y siena, donde poco antes todo era verdor.

Brian Kervin le vio, al saltar fuera de la zanja, decididamente, reptando entre maleza. Cualquier otro se hubiera quedado allí dentro; él, no. No era ya un refugio seguro, no era un punto donde estuviera a salvo. Y lo abandonó.

Lo hizo muy a tiempo. De haber permanecido allí un solo minuto más, hubiera sido demasiado tarde. Al transcurrir ese minuto, la zanja era un lugar candente, donde un fuego de matiz azul lo convertía todo en oscuro, negruzco, maloliente.

De aquella grieta emergieron nubes de vapor, mortífero. Pero Brian Kervin ya no estaba allí dentro, sino aplastado entre piedras y matorrales, pegado a un recio árbol de grueso tronco.

El helicóptero azul sobrevoló rápido, alejándose del punto aquel, tras el nuevo impacto de su mortífera luz azul.

Y Brian Kervin, con sus grises ojos clavados en el cielo mortal, respiró hondo, sin apenas mover sus músculos y nervios, y todavía esperó. Esperó, sin prisas. Consciente de que todo había pasado ya.

Cuando el helicóptero asesino se perdió entre unos nubarrones blancuzcos, Brian Kervin empezó a incorporarse. Miró a su alrededor. El silencio era peor que el estruendo, la calma infinitamente más angustiosa que la borrasca de la propia muerte. Brian se apoyó en el árbol más cercano. Caminó despacio, hasta donde yacía Saunders. Lo examinó, con la mayor frialdad posible.

Era difícil reconocer a Saunders. Gris, rocoso, pétreo. Como envuelto en lava petrificada ya. Sólo los ojos, angustiados, se movían violentamente en sus órbitas. Como pidiendo algo que él no poseía.

—Lo siento, amigo —masculló

M-31,

sombrío. Sacudió la cabeza, impotente frente a aquellos ojos patéticos, mudos, tremendamente mudos y elocuentes a la vez—. Lo

siento, pero es la muerte enviada por tus propios amigos. Y todavía no existe antídoto.

Le dolió que aquellas humanas pupilas, lo único animado del cuerpo repentinamente petrificado de Saunders, revelaran tanta desesperación, tan infinito horror.

Kervin avanzó despacio. En dirección a la carretera. Miró en ambas direcciones, indeciso. Hubiera querido disponer de medios para hacer algo. Pero no podía hacer cosa alguna.

Se aproximó a su coche blanco, deportivo. El «Ford Cobra» continuaba allí, junto a un macizo de arbustos, donde lo dejara antes. Lo rodeó, para subir a él y alejarse del lugar de la tragedia llovida del cielo, como en la explanada de la ONU, en la Primera Avenida neoyorquina.

Entonces, súbitamente, apareció de nuevo el prototipo a cuadros verdes y rosa.

Hubo un rugido súbito, violento. El de un poderoso motor lanzado a ritmo de vértigo. El vehículo se precipitó sobre él como un alud de muerte, tripulado por una hermosa asesina de pelo rojo, de casco blanco y gafas de color.

La muerte, sobre unas ruedas lanzadas a cientos de millas a la hora, se precipitó sobre

M-31.

Brian, rápido, la evitó. Brincó sobre la portezuela blanca del vehículo. Aferró el volante. Condujo el «Cobra» con celeridad en una maniobra casi suicida. Pero evitó el impacto con su persona y vio pasar, vertiginoso, el torbellino verde y rosa del extraño prototipo. Éste se perdió en la distancia, rugiente.

Pero pronto regresó, cuando Brian estaba maniobrando para salir de aquel lugar. Al escuchar el zumbido estruendoso del motor, elevó los ojos, clavándolos en el asfalto. Vio venir el vehículo, que poco antes emergiera de entre los arbustos, procedente del bosque.

Rápido, maniobró de nuevo, y los dos vehículos vertiginosos, parecieron competir, uno en escabullirse, otro en chocar contra el otro. Hubo un momento en que pareció arder la carrocería del «Ford Cobra» blanco, al silbar junto a sí el otro coche a cuadros de vivo color conducido por una mujer de mono salpicado de marcas de automovilismo comercial.

Pero de nuevo lo eludió. Y, sobre la marcha, Brian empuñó su automática «Walter», que disparó repetidamente sobre el vehículo contrario.

Hubo un repentino chirrido de neumáticos, un crujido de metal, un impacto en un árbol. Y el coche de carreras reventó. Reventó en una formidable, terrorífica llamarada violenta, dispersando en todas direcciones hierros retorcidos, restos humanos, gasolina incendiada. Kervin frenó a corta distancia. Corrió, agazapado, pistola en mano, hacia el vehículo abatido. Se detuvo a corta distancia, contempló, horrorizado, un casco blanco, con mechones ardientes de cabellos rojos, unas gafas destrozadas, un mono que ardía, sobre un cuerpo crispado, negruzco, irreconocible.

—Dios mío —musitó—. Incluso las mujeres hermosas pueden ser asesinas.

A sus espaldas, sonó una voz aguda, sobresaltada:

—¡Cielos! ¿Qué ocurrió con mi coche? ¿Qué ha sido todo eso?

Brian se volvió, sorprendido. Se quedó mirando a la persona que asomaba entre la espesura y el bosque que conducía a El Bosque, el cercano motel de lujo.

Era una mujer en prendas íntimas. Sólo un *slip* mínimo y un corpiño brevísimo, color blanco, sobre una figura exuberante, de piel bronceada y curvas llamativas.

Una mujer joven, hermosa, de rojos cabellos. La que conducía el prototipo a cuadros verdes y rosa cuando lo vio por vez primera. La que imaginó que lanzara sobre él la muerte rodante, unos momentos antes.

Sólo que ahora, apenas llevaba ropa. Y nunca estuvo más hermosa que en estos momentos.

El «Ford Cobra» enfiló Manhattan. Al lado de Kervin, la melena roja se agitó. Bajo el liviano sobretodo de Brian, las formas rotundas de la seductora hembra, apenas si podían disimularse.

Eso a Brian no le importaba demasiado. Estaba pensando en todo lo sucedido antes. En todo lo que viviera en Acme y sus alrededores, bajo la demoníaca luz azul llovida del cielo.

Y ahora, junto a las curvas confortantes y cálidas de una mujer de cabello rojo, de piel bronceada y de formas incitantes, valía la pena olvidarlo todo. O casi todo.

—De modo que le robaron el coche —comentó, sin desviar sus ojos de la ruta.

—No sólo el coche —golpeó, irónica, sus muslos desnudos—. Y la ropa, el casco, los guantes, las gafas. Todo.

—¿Quién pudo ser?

—Ya se lo he dicho; no lo sé. No vi a la persona que me atacó. No pude ver nada. Me atacaron en el campo de golf. Un golpe por la espalda —se tocó la nuca, entre los rojos cabellos—. ¿Cree que era un asesino?

—Es muy posible, sí —admitió Brian, pensativo—. Alguien se dedica a borrar rastros tras de sí. No sé quién será, pero eso es lo que hace.

—Rastros, ¿de qué? —se interesó la pelirroja, con gesto curioso, muy abiertos sus verdes ojos.

—Bueno, eso no lo entendería usted muy bien —suspiró Kervin—. Yo sí, y eso es lo que cuenta.

Siguieron adelante. Brian notaba contra su pierna el muslo firme de ella. Era un contacto tibio y agradable. Demasiado agradable, incluso. Cuando se detuvo en un semáforo de acceso a la Isla de Manhattan y se volvió, casi se topa de bruces con el torso enhiesto de ella.

—Parece que está en dificultades, ¿no? —comentó la pelirroja, intrigada.

—¿Quién se lo dijo? —bromeó Kervin, sarcástico—. Creí que no se notaba.

—No sea irónico. Lo dije con buena intención —ella frunció sus labios en un mohín de disgusto—. Es posible que esté habituado con toda esa clase de cosas. Yo, el único riesgo que conozco, es un circuito de carreras, una avería del motor, un problema con el coche, lanzado a más de ciento cincuenta millas. ¡Por lo que parece, nada especial!, comparado con sus propias dificultades.

—Eso es cierto —convino Brian secamente—. Preferiría conducir prototipos. Es más tranquilo, a juzgar por lo ocurrido hoy. ¿La dejo en alguna parte, preciosa?

—Me llamo Rhonda Randall —dijo ella, con cierta acritud—. Y no preciosa.

—Perdone. Es la costumbre.

—Ya —le miró, pensativa. Sus ojos verdes brillaron, sarcásticos—.

Un conquistador irresistible, ¿no?

—No del todo. Lo intento. Pero se resisten —soltó una breve carcajada—. No me ha dicho si la llevo a algún sitio en especial, precio... Quiero decir, señorita Randall.

—Sí, por favor. A la Sexta Avenida.

—O Avenida de las Américas —rectificó Brian, burlón. Soltó un bufido—. ¿Vive allí?

—Entre la Cincuenta y Cinco y la Cincuenta y Seis, exactamente.

—Un apartamento allí, valdrá al menos mil dólares mensuales.

—Dos mil —rectificó ella, glacial. Luego rió entre dientes—. No tengo un apartamento, sin embargo, sino una casa.

—¿Entera?

—Entera. Es mía. La residencia Randall. De los Randall de Albany. Vivimos en Nueva York City desde hace veinte años. ¿Más datos, señor Kervin?

—No —rechazó él, riendo—. Veo que no es una vulgar ciudadana. Nadie lo es, viviendo en ese área y teniendo un edificio propio. ¿Vive sola?

—Con mi hermano Rhys. Un alocado muchacho que tiene la misma fortuna que yo, pero al que rara vez veo. Le gusta el anarquismo, la revolución, la rebeldía y todo eso. ¿Usted lo entiende?

—Lo entiendo en algunas personas. Pero en un Randall de la Sexta Avenida, francamente, no. ¿Qué pretende con todo eso?

—No sé si lo cree realmente, o desea hacerse notar. De cualquier modo, tiene éxito. Está afiliado a no sé cuántos partidos políticos, todos ellos extremistas.

—¿También a Memory?

—¿Memory? ¿Qué es eso?

—No, nada. Usted no entendería. Posiblemente tampoco su hermanito Rhys. Pero él y otros como él, son los que provocan esas cosas, aunque no quieran. Olvídelo, señorita Randall.

—Olvidado —miró al cielo, ya oscuro sobre Nueva York, cuando entraron por Los Cloisters y su melancólico paisaje hacia Broadway. Se estremeció, acurrucándose contra él. Eso hizo que sus piernas desnudas se pegaran a las de Kervin. Y su torso, apenas cubierto por el sobretodo, al de él. Musitó—: Tengo frío.

Brian apretó los labios. Miró su reloj de pulsera. Eran las ocho y veinte minutos. Casi llegaría tarde a su cita con la rubia Cyd, en el

Fuji de la Calle Cincuenta y Seis. Pero aquella pelirroja junto a él, era todo un problema. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que lucía encima de su piel, bajo la prenda prestada.

Sin embargo, una cita era una cita. Se dominó cuanto pudo. Y habló, sereno:

—Sexta Avenida —dijo—. ¿Qué número, exactamente?

Ella le miró, irritada. Parecía hondamente defraudada por algo. Quizá era la primera vez que esto le sucedía junto a un hombre. Sobre todo, con un hombre joven, atractivo, aparentemente accesible por las damas. Pero se recuperó, muy dueña de sí.

—Dos mil doscientos diez —dijo, seca—. Residencia Randall. La reconocerá en seguida. Un edificio rojo, con muros de verja y jardines.

Brian asintió. Condujo hacia allá, decidido. Ella parecía malhumorada. Él prefirió no decir nada. Era mejor así. Si actuaba de otro modo, era posible que Cyd se quedase en el Fuji, esperándole toda la noche.

CAPÍTULO VI

SAKIYAKI Y MUERTE

Era como saborear los condimentos y platos japoneses en el propio Tokio. Brian había probado aquellos platos en el Japón. El Fuji neoyorquino nada tenía que envidiarle. Cocina auténtica japonesa, servidores japoneses o, cuando menos, orientales de rasgos exóticos e indumentaria adecuada.

Música suave, decoración con almendrados paisajes y profusión de Fujiyamas acá y allá con Budas gordinflones, samuráis y kimonos. Muros de papel, seda, signos nipones. No faltaba nada. O casi nada.

—Delicioso —comentó Brian, apurando su taza de saké, el fuerte licor alcohólico de arroz—. ¿Opinas igual, Cyd?

—Nunca estuve en Japón —comentó ella, saboreando la verdura de su plato de sakiyaki—. Pero no puedo creer que lo hagan mejor.

—Y no lo hacen —convino Kervin, risueño—. Es una exquisita cena, puedes creerlo. Me alegra que te guste.

—Me gusta todo lo exótico. Lo heredé de mi padre que fue diplomático en Pekín, en Singapur, en Hong Kong. —Cyd rió de buena gana, suavemente ruborosas sus mejillas por efectos del saké tradicional. Se inclinó hacia Brian, besando sus labios—. Querido, creí que esta noche no vendrías. Fue una gran alegría verte llegar.

—También yo lo pensé. Pero por distintos motivos de los que pudiste pensar tú —sonrió

M-31

—. Lo cierto es que hubo por medio una pelirroja, pero...

—Pero ¿qué?

—Bueno, me gustan más las rubias. Y, además, quien estuvo a punto de impedirme venir, ahora y siempre, fue otro helicóptero azul.

—¿De nuevo ellos? —Se estremeció Cyd Darrin.

—De nuevo ellos, sí. Me temo que no van a dejar de molestarnos cuanto puedan, y, sobre todo, si les es posible eliminarnos, lo harán sin muchos escrúpulos.

—¿Todo por la antimateria, Brian?

—No lo sé. —Kervin miró en torno, a los muros de papel decorado del reservado nipón—. Hay dos fuerzas en acción: míster Dark, que parece poseer la antimateria. Y Memory, una organización a la que no vacila en destruir, si con ello gana su inmunidad. Deben vigilarnos muy de cerca. Sabían que yo iba allí, a la Acme de helicópteros. Y me dispusieron una trampa mortal: el ataque del helicóptero azul, y luego, por si fallaba, como falló, la agresión con un coche de carreras, conducido por un asesino disfrazado de mujer.

—¿Por qué todo ello?

—No sé. Tal vez Saunders podía darme alguna pista. Quizá alguien me teme. E intenta evitar que llegue lo bastante lejos. No es seguro, pero tiene todas las trazas de ser exactamente así, Cyd.

—Una gente tan poderosa, por fuerza ha de tener enlaces, informadores, cómplices entre las personas relacionadas con la policía, con el ejército, con el Gobierno.

—Exacto —convino Kervin, risueño. Señaló con el dedo a su rubia acompañante—. Incluso ése cómplice... podrías ser tú.

—¿Yo? —Ella dio un respingo, asombrada su expresión. Le miró, perpleja—. ¡Brian! Hablarás en broma, ¿no?

—Por supuesto —sonrió Kervin, irónico. Agitó una mano, tomando otro sorbo de saké—. Era un ejemplo solamente. No se me ocurrió jamás sospechar de ti, pero, cualquiera podría estar informando al enemigo. Cuando hay mucho dinero por medio, es fácil venderse. A veces, Cyd, la conciencia humana tiene un precio.

—No la mía.

—No, claro. Pero siempre hay alguna que se vende —miró a los ojos claros de su bella compañera. Extendió su mano, oprimió los dedos de ella, llegó, acariciador, hasta su brazo mórbido. Cyd se estremeció—. Perdona. A veces soy cruel. Los demás también lo son conmigo, entiéndelo.

—Te entiendo. Estás algo nervioso. Has pasado hoy un duro trance, a pesar de esa pelirroja.

—Olvida a la dama —rió Brian, deslizándose por lo cojines hacia ella—. Me encanta el rubio y todo lo que le acompaña.

Se besaron. Se enlazaron en un prieto abrazo. El suave, ceremonioso carraspeo, les separó. Con disgusta Kervin miró al apacible y

risueño japonés, de kimono rojo, parado en la puerta del reservado. —Disculpe, honorable señor Kervin —habló, con el ceremonial humilde y educado de su raza—. Me tema que le llaman al teléfono, y es urgente.

—¿Urgente y aquí? —Brian suspiró, sacudiendo b cabeza—. Seguro que es mi tío Emmett. Nadie sino él sabe que estoy en Fuji en estos momentos. ¿Disculpas, Cyd? Sólo un instante.

—Oh, claro —sonrió ella—. Entre tanto, iré a la *toilette*.

Brian salió del pequeño comedor íntimo, mientras ella se encaminaba hacia los servicios para damas Poco después, el agente M-31

hablaba con Emmett E Pearson, director de la División de Defensa Nacional.

—Hola, Brian —saludó Pearson con su habitual tono grave—. Lamento molestarle en plena digestión, pero...

—Adelante, señor —invitó Kervin, rotundo—. He tomado varios digestivos antes de venir al teléfono.

—Eso suena muy gracioso, Brian —refunfuñó a jefe—. Pero no tengo ganas de reírme. Las cosas están demasiado serias para eso. Saunders, su prisionero, murió.

—Era de temer —suspiró

M-31

—. No hay remedio contra el Rayo ZW, ¿verdad?

—Verdad. Endurece la piel hasta dejarla como lava fría. Obstruye los poros y mata a la persona en escasos instantes. Estamos experimentando remedios en el laboratorio, pero todavía no hay nada definitivo, claro. No disponemos del tiempo suficiente. Brian, sobre el prototipo que intentó arrollarle...

—Conozco el coche. Es de una muchacha muy rica, Rhonda Randall. Vive en la Sexta Avenida.

—Lo sabemos. Pero también vive allí su hermano Rhys. Y ése es un individuo metido en asuntos oscuros de anarquismo y todo ello. Es feminoide, ampuloso, artificial. Pero peligroso también. Aunque no le gusta usar prototipos, eso es cierto. Dice que es cosa de los decadentes capitalistas, y cosas por el estilo.

—Sí, lo entiendo —afirmó Brian, divertido—. ¿Algo más?

—Claro. Por eso le llamo. Identificamos al conductor del coche prototipo que intentó arrollarle, Kervin.

—Vaya. ¿Quién era?

—Un tipo curioso. Un delincuente que ahora vivía en paz con la justicia. Pagó sus culpas y no había vuelto a delinquir. Un tal Mark Barrow.

—¿El antiguo conductor de coches de pistoleros y asesinos? —se sorprendió Kervin.

—Eso es; con peluca pelirroja, y las ropas de esa chica, Rhonda Randall, agredida en el área del motel El Bosque. Mark Barrow ya no se metía en asuntos delictivos. Resulta raro, Brian. Por eso hemos estudiado una serie de datos sobre delincuentes anteriormente regenerados, como Saunders, el hombre a quien usted intentó capturar con vida en la Acmé.

—¿Y...?

—Y no me gusta nada lo que voy a decirle, Kervin, pero hay alguien especializado en la rehabilitación de antiguos delincuentes, cuyos pacientes, por cierto, nunca causaron problemas. Sin embargo, será cosa de saber, a ciencia cierta, si Saunders y Barrow se contaban entre sus rehabilitados, suponiendo que quiera él admitirlo así.

—¿A quién se refiere?

—A alguien que es muy buen amigo del profesor Luther Strauss. Y lo fue anteriormente de Zoltan Weyland, el científico desaparecido, inventor del Rayo ZW, la muerte azul. Se trata del doctor Gaar Lash, experto en psiquiatría y criminología.

—El doctor Gaar Lash —repitió Brian, ceñudo—. Señor, es algo más que amigo del profesor Strauss y del profesor Weyland. Lo malo es que Lash, es también amigo mío.

Regresó, pensativo, al reservado. Cyd Darrin estaba ya de regreso. Sentada sobre los cojines orientales, sus piernas se cruzaban, y su breve falda a la moda, resultaba tan inútil como si hubiera ido en bañador. De cualquier modo, valía la pena admirar sus piernas. Tenía unas pantorrillas encantadoras y unos muslos dignos de una escultura.

—¿Malas noticias? —indagó, dejando de alisar su dorado cabello sedoso, para contemplarle con una intrigada sonrisa.

—No muy buenas —refunfuñó Kervin—. Saunders, el hombre de Acmé y de Memory de quien te hablé, ha muerto sin remedio. La piel petrificada no tiene solución, por lo visto.

—De veras lo siento. Hubiera podido revelar algunas cosas, ¿no?

—Sí, algunas. Tal vez no demasiadas, pero las suficientes para seguir alguna pista. Ya no hay nada. Sólo el indicio de que antiguos delincuentes vuelven a la actividad misteriosamente, tras un paréntesis de calma.

—¿Cómo?

—Saunders era un ex delincuente casi olvidado. Y el que intentó arrollarme con el prototipo de la pelirroja millonaria. ¿Recuerdas a Gaar Lash?

—¿Lash? ¿El doctor Lash, el psiquiatra?

—El mismo, sí.

—Claro que lo recuerdo —musitó Cyd—. Era miembro de los laboratorios federales, hasta que renunció a ellos, hace dos años, por causa de sus teorías sobre la readaptación de... de...

Se quedó en el aire su frase. Miró, perpleja, a Kervin. El asintió, reflexivo.

—Sí, Cyd. Por sus teorías sobre readaptación de criminales. De eso me habló mi tío Emmett.

—¿Acaso sospecha de... de Lash?

—¿Por qué no? —sonrió Brian—. Ya te lo dije; cualquiera puede ser un traidor, un enemigo. Piensa que quien obtenga definitivamente la antimateria, las antipartículas de determinados cuerpos, aislados y controlados, será, virtualmente, amo del mundo. Así, sin rodeos. Ante tal posibilidad fantástica, habrá quien se decida a arriesgar una fortuna. Y si triunfa en el empeño, no habrá malgastado un solo centavo.

—Un hombre como Lash no se vendería.

—Es lo que yo pienso. Pero ya dos antiguos delincuentes, tras un largo período inactivo, volvieron al crimen. Eso indica una dirección: Gaar Lash. Habrá que ver si es cierto. Lash es mi amigo, fuimos colegas y camaradas en un par de casos. Pero mi trabajo tiene a veces estos sucios dilemas.

Tomó su tasa de saké. También Cyd. Ella la apuró, aunque no era mucho lo que quedaba allí dentro. Brian probó un trago. Chascó la lengua ante su acre, fuerte sabor alcohólico.

—¿Nos vamos? —murmuró Cyd, incorporándose.

—Sí —asintió Kervin—. Ya nos arruinaron la digestión, de todos modos. Vamos ya, Cyd.

Ambos se pusieron en pie. Cyd fue a tomar su capa de color lila

oscuro, de un colgador. Vaciló. Se llevó las manos a las sienes, con un gemido. Kervin la miró, sorprendido.

—¿Qué te ocurre? —indagó.

—No sé —se convulsionó, crispado el gesto. Ahora, las manos fueron a su estómago, con dedos engaritados—. Mi cabeza... mi estómago... Calambres, dolor... Brian, ¿qué... qué me sucede...?

—Cyd —la miró, tenso. Descubrió en ella una película de transpiración, humedeciendo su piel. Luego, captó la rara dilatación de sus pupilas—. ¡Cyd! ¿Qué te ocurre?

Ella intentó decir algo. Trompico, cayó contra un muro de papel, que rasgó con su cuerpo. Al mismo tiempo, cuando intentaba sujetarla, retenerla contra sí, fue Brian el que trastabilló, sintiendo una aguda puntada en sienes y frente. Su faz se cubrió de sudor helado.

—Brian, yo... —jadeó ella. Y cayó de bruces, dando una voltereta sobre los cojines.

—¡Cyd! —gritó Kervin, tratando de precipitarse sobre ella.

Le frenó la convulsión espasmódica de su estómago. Se encogió, sujetándose con las dos manos. Sus ojos vieron mil luces, parpadeando ante ellos, violenta. Un sabor acre, amargo invadió su boca.

Tuvo un instante de lucidez. Miró, con ojos dilatados, las tazas de saké. Tomó la suya, aún con un poco de licor al fondo. La olfateó, furioso.

—Ve... ne... no... —musitó con voz ronca.

Luego, la taza se fue de sus dedos, haciéndose añicos en el suelo. Tras ella, fue él, desplomándose pesadamente en el reservado del lujoso restaurante japonés de la Calle Cincuenta y Seis.

—Tuvo suerte, Kervin.

—¿Suerte? ¿De modo que eso significa que estoy vivo aún? ¿El cielo no tiene este aspecto?

—No, ni el infierno tampoco —rió burlón el hombre de la bata blanca—. Le trajeron aquí inmediatamente. De no ser así, el veneno hubiera actuado sobre sus tejidos, provocándole la muerte en breve plazo.

—El veneno. —Brian suspiró, asintiendo. Entornó los ojos—. ¿Qué clase de veneno, doctor?

—Uno que se mezcla fácilmente con una bebida como el saké.

Huele ligeramente, pero no da sabor. Una pequeña dosis es suficiente para matar.

—¿Y... y ella? —preguntó de repente, al recordar todo.

—¿Ella? ¿La joven de cabellos rubios?

—¡Sí, sí! Cyd Darrin, doctor. También cayó conmigo.

—Ella ingirió menos dosis que usted. Hubiera sobrevivido con más facilidad. Está a salvo, naturalmente. Usted, de haberse demorado en ingresar aquí, no habría tenido remedio. Bien puede darle las gracias a esa joven, Kervin.

—¿A ella? —Pestañeó Brian, perplejo—. Pero... pero si ella tomó veneno, por poco que fuese, no pudo...

—No, no me refería a la rubia —sonrió el médico—. Hablo de la otra mujer. La que le trajo aquí a usted, a la señorita Darrin. La que, realmente, salvó su vida.

—¿Otra mujer? ¿Quién pudo ser, doctor? —se asombró más aún Kervin.

—Yo —dijo una voz—. Yo, señor...

Brian giró la cabeza. Contempló a la persona erguida en la puerta de su habitación en el establecimiento sanitario. Se quedó perplejo. Era la primera vez que le veía. Vestía un kimono amarillo, repleto de motivos japoneses, como carátulas y dragones.

Era joven. Era bonita, esbelta. Y oriental.

—¿Y quién es usted? —masculló Kervin.

—Es

Sun-Kwai.

La muchacha que salvó su vida, al traerle desde el restaurante japonés donde presta sus servicios —explicó el doctor con tono grave.

CAPÍTULO VII

S UN-KWAI 84

—Sun-Kwai...

—Sí, ése es mi nombre.

—Suená más a chino que a japonés.

—Es que yo no soy japonesa —sonrió ella—. Soy china, Señor Kervin.

—Vaya, qué sorpresa. ¿Y trabaja en el Fuji?

—A veces hay dificultades para hallar personal de una nacionalidad. Entonces se cubren las apariencias con cualquiera de raza oriental.

—Pero los chinos y los japoneses no se parecen en realidad —protestó Kervin.

—Eso lo sabe usted, porque conoce China y Japón —el gesto de ella era apacible, meloso—. Para los demás occidentales, un rostro amarillo es sólo un rostro amarillo, y unos ojos almendrados se parecen a otros ojos almendrados, como una gota de agua a otra, aunque usted, como todo el que conoce Oriente, sepa quién es uno y quién es otro. El público de un restaurante, por muy alta que pague la factura, no tiene mayor idea de esas cosas.

—Entiendo. Y es usted, camarera del restaurante.

—Sólo entre las cocinas y los reservados —rectificó ella, risueña—. Por eso no me vio antes. Entrego los servicios a los camareros del local.

—Sin embargo, fue usted quien...

—Pura casualidad. Terminaba ya mi trabajo, cuando pasé hacia el guardarropa. A través de la puerta entreabierta, les vi a ustedes en el suelo, entré, y eso es todo. Avisé rápidamente a un vehículo particular, en vez de perder el tiempo con una ambulancia, y les conduje aquí. El doctor Kent es amigo mío, les atendió debidamente, y me alegro saber que salvaron sus vidas, aunque su

envenenamiento era más grave, infinitamente más que el de su bonita compañera en el reservado.

—Cyd. —Brian frunció el ceño—. Es raro.

—¿Qué es lo raro?

—Que ella sufriera menos efectos. Bebió todo el saké, como yo.

—Tal vez sólo buscaban envenenarle a usted —sonrió

Sun-Kwai,

risueña pero con mirada pensativa en sus ojos almendrados, de suave color ámbar—. Y aturdiría a ella. ¿O está sospechando de esa mujer, quizá?

—Sospecho de todo el mundo. Usted no lo entendería,

Sun-Kwai.

Pero ya no confío en nadie.

—¿Ni siquiera en mí? —sonrió tristemente ella.

La miró largamente, con expresión profunda. Luego, sacudió la cabeza.

—En usted tengo que creer, criatura —musitó—. Me ha salvado la vida, después de todo.

—Menos mal. Eso es halagador, según parece, viniendo de un hombre como usted.

—Perdone, pero ya le dije que sería difícil que lo entendiese. Y largo de explicar. A fin de cuentas, ¿que tiene usted que ver con mis problemas personales? Y vale más que siga así, puede creermelo.

La muchacha oriental se encogió de hombros, indiferente y como desorientada, pero no hizo el menor comentario. Se disculpó con unas pocas palabras, disponiéndose a retirarse de nuevo. Kervin la detuvo, ya cuando pisaba el umbral de salida.

—Un momento,

Sun-Kwai

—rogó.

—¿Sí? —Ella se volvió, clavando en él su mirada profunda, oblicua y enigmática, con una leve sombra de sonrisa en sus ojos.

—Quiero darle las gracias por todo —habló Kervin.

—Oh, no tuvo importancia. Simple azar, fortuna.

—Sí la tuvo. Debe disculparme, pero soy un hombre rudo. Mi modo de vida también lo es, y vivo ahora en constante tensión. Sólo que... me gustaría poderle demostrar de algún modo mi gratitud.

—Olvídelo. Si realmente ha valido la pena salvar su vida, como

imagino, ése será el mejor premio para mí. En el fondo, todos nos necesitamos. Y cada uno de nosotros puede salvar muchas otras vidas con su esfuerzo. Espero que usted sea de éstos. Adiós, señor Kervin. Y mis votos por su restablecimiento.

Salió humilde, silenciosamente, como todos los de su raza. Sun-Kwai era una hermosa muchacha, como hecha de porcelana, y convertida en carne viva por algún embrujo propio del misterioso Oriente. Briam estuvo seguro de que, bajo aquel amplio kimono amarillo, se ocultaban unas exquisitas y bien dibujadas formas de mujer.

Respiró hondo, echándose atrás en su lecho. Miró arriba, pensativo. —Algún día volveré al Fuji, cuando no corra peligro de ser envenenado de nuevo —dijo entre dientes—. Y veré de nuevo a Sun-Kwai.

Luego, insensiblemente casi, se quedó dormido.

—De modo que incluso llegó a sospechar de Cyd Darrin, del Pentágono.

—De todo el mundo, profesor. No puedo evitarlo.

Luther Strauss rió entre dientes, como si aquello fuese cómico. Gabe Rothman se limitó a sonreír.

—Empezamos a dejamos llevar por nuestra imaginación —comentó—. Cada uno, sospechando de todos los demás.

—¿Por qué imagina que existe algún traidor, un confidente de los delincuentes, Kervin? —se interesó con vivacidad Strauss, dejando de reír ya.

—No sé si lo habrá, realmente. Pero el enemigo parece muy bien informado de nuestros pasos, profesor.

—Puede limitarse a vigilarnos.

—Sí, eso es cierto, lo admito. Aun así, prefiero no tener fe en nadie.

—Hace bien —aprobó Rothman—. Es el mejor modo de no cometer errores.

—Aun así, siempre existe riesgo —sentenció Strauss—. Ahí tiene ese veneno en el saké, en un restaurante de lujo. ¿Cómo pudo llegar hasta allí el envenenador, si no era su amiga Cyd ni, naturalmente, tampoco lo era

Sun-Kwai?

—No lo sé. Ella dice que se ausentó a los servicios, a reparar su *toilette*. Yo acudí al teléfono, y sucedió. Durante nuestra ausencia,

alguien envenenó las tazas de saké, es evidente.

—Por lo que se ve, con clara intención de matarle a usted —silabeó Strauss.

—Su piel no vale un centavo —rió Rothman, irónico—. No sale de un lío, y ya está metido en otro, Kervin.

—Estoy habituado a ello. Siempre que me ocurre así, es porque sigo una buena pista.

—¿Cuál exactamente? —dudó Strauss—. Desaparecidos los miembros de Memory, muerto ese hombre llamado Saunders, ¿qué nos queda?

—Míster Dark —sonrió Brian.

—Míster Dark —resopló el sabio austríaco, con escepticismo—. Un simple nombre, un apodo tan oscuro como su significado mismo [4]. ¿De qué le servirá?

—Tal vez de nada. Ese criminal se ha aprovechado de los servicios de la célula antiamericana Memory. Una vez obtuvo las antipartículas en los Adirondacks, se deshizo de todos sus compinches, profesionales del crimen. Ahora, queda él solo. Y los ocupantes del helicóptero azul que atacó Acmé. Posiblemente él mismo y algún esbirro de confianza, o asesinos profesionales ya regenerados oficialmente.

—No le entiendo. ¿Qué significa eso?

—Es otro aspecto de la cuestión: el doctor Lash, antiguo psiquiatra del FBI. Un experto en dolencias mentales. Aseguró siempre que el criminal es un enfermo, no un malvado. Y que todos pueden ser curados y convertidos en personas honradas, si se trata debidamente el cerebro enfermo, en centros asistenciales adecuados. Posee uno, al norte de Nueva York. Trata a los delincuentes. Siempre tuvo éxito, según parece.

—¿Qué pinta él en esto? —Se intrigó Rothman.

—Saunders era un ex delincuente. Barrow, el conductor del prototipo de carreras pintado a cuadros verde y rosa, era Mark Barrow, otro antiguo criminal. Estamos intentando descubrir si —se detuvo al sonar el teléfono. Acudió a él. Asintió, a su interlocutor, situado al otro extremo del hilo—. Sí, soy yo. ¿Quién llama? Ah, entiendo, sí.

Era Pearson. Hablaron ambos un corto espacio de tiempo. Kervin respondió con monosílabos. Luego, colgó. Volvió junto a Strauss y

Rothman. Los dos científicos del Gobierno le miraron, intrigados.

—Era el FBI —informó Kervin—. Hay datos sobre Barrow y Saunders.

—¿Y bien? —se interesó Strauss.

—Los dos fueron curados y rehabilitados por el doctor Lash. Curioso, ¿no creen? Habrá que hacer una visita a ese hombre. Lo peor es que es amigo mío.

—Sí, Brian. Soy amigo tuyo. Siempre lo fui. Compañero, camarada, y también amigo. Significa bastante, ¿no?

—Significa mucho —aceptó Kervin, paseando junto al joven doctor Gaar Lash, alto y atlético, por la galería encristalada de su hermosa clínica privada, en la vecindad de West Point, a no más de tres millas de la Academia Militar—. Y sin embargo...

—Sin embargo ¿qué, Brian? —le preguntó resueltamente Lash, deteniéndose en su paseo, a la luz del sol que se filtraba por las amplias vidrieras abiertas al paisaje verde y siena de la campiña—. Me gustaría que fueras sincero. Y directo al grano.

—¿Por malo que sea?

—Por malo que sea.

—Bien, tú lo has querido —musitó Kervin, encogiéndose de hombros—. Hubiera preferido no ser yo quien estuviera ahora aquí, pero el caso es mío, y quien me lo confió, no puede ser defraudado en modo alguno.

—Te escucho. Habla, Brian.

Kervin tomó aliento. Luego, le dirigió la primera de sus preguntas. Tal como él pidiera, directo al grano. Sin rodeos:

—¿Sigues ocupándote de la rehabilitación de delincuentes, Lash?

—Naturalmente. Es la tarea de mi vida. Hasta hoy me dio inmejorables resultados. Personas completamente al margen de la ley, viven actualmente con la sociedad, sin causarla daño en absoluto. Las autoridades están empezando a reconocer que mis métodos son eficaces, y hasta es posible que mi establecimiento de readaptación psíquica, llegue a ser reconocido oficialmente, para el ingreso de reclusos. Estoy trabajando en ello ahora. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque dos de tus pacientes no han resultado tan inofensivos como esperabas.

—No te entiendo bien —enarcó las cejas el joven médico, con

asombro.

—¿No perteneció Mark Barrow a tu grupo de pacientes?

—¿Mark Barrow, el pistolero? Sí, es cierto. Sigue con su afición a los coches, pero ya dentro de la ley. No conduce asesinos para que liquiden a otros.

—No. Ahora los liquida él mismo, al volante de un vehículo.

—¿Qué dices? Eso es absurdo.

—Te lo probaré dentro de un momento. También te probaré que otro recluso, Saunders, tratado por ti, se asoció a una organización criminal activa, denominada Memory.

—¡No puede ser, Brian! —protestó el doctor Lash, agitado—. Tiene que haber un error.

—Me gustaría que lo hubiera, pero no es así —cortó fríamente Kervin—. Por tanto, hay dos posibilidades. O el médico falla...

—¿O qué, Brian? —le apremió Lash, con expresión tensa.

—O tú estás mezclado ahora en actividades delictivas, y usas a tu gente como personal a tus órdenes, como esbirros dóciles a tu mando.

—¡Brian! —aulló el médico, palideciendo—. Brian, no estarás hablando en serio.

—Me temo que sí, Lash.

—Dios mío —el médico inclinó la cabeza, aturdido—. Tú, acusándome de...

—Lo siento. Me pediste sinceridad, ir al grano. No te sorprendan mis sospechas. Incluso he llegado a sospechar de personas relacionadas con el Gobierno, Lash.

Los ojos del joven psiquiatra, se fijaron, doloridos, en la dura mirada gris de su amigo Brian Kervin. Hubo un silencio embarazoso, antes de que Lash hablase con voz ronca:

—Nunca hubiera imaginado nada parecido, Brian.

—Yo tampoco. Es este maldito asunto en que estoy metido.

—He oído boletines en radio y televisión sobre el atentado en la ONU y todo eso. ¿Es acaso de lo que estás ocupándote?

—Sí, Lash. Y está comprobada la identidad de tus ex pacientes. Uno fue muerto por sus propios compinches. Otro, lanzó contra mí un coche de carreras, y tuve que disparar. Se estrelló con el vehículo. La identificación no deja lugar a dudas.

Lash asintió despacio. Miró en torno, como si de repente toda

aquella obra que le rodeaba, de la que a sentía tan orgulloso, no valiera nada en absoluto, y hubiese estado luchando por algo sin sentido.

—Oh, Brian, quisiera poderte aclarar algo de todo eso, pero no puedo. Soy el primer sorprendido. Nunca ocurrió hasta hoy. Precisamente esta semana, tres personas abandonaron mi establecimiento, clínicamente curados; son el ex saboteador Max Ritter, un fanático neonazi, el homicida Warren Parks, la espía Glenda Campbell. Y hace algún tiempo una ex agente oriental también. Ya no recordaban nada de su vida anterior, eran personas nuevas. Se les vigila, claro está, durante un período experimental de vigilancia, pero estoy seguro de que ninguno de ellos cometería acto reprobable alguno, a partir de ahora.

—No estés tan seguro —masculló Kervin, arrugando el ceño—. Recordaré esos nombres, y el FBI se cuidará también de vigilarles, disimuladamente, por supuesto. No me fío de ellos ni de nadie. Si dos han fallado, pueden fallar los demás.

—¡Es que no pueden haber fallado ninguno! —gimió Lash.

—Desgraciadamente, las evidencias prueban todo lo contrario, Lash —le miró fijo, con cierto aire de duda— escucha esto; quiero que me ayudes. Si lo haces, te ayudaré.

—¿En qué forma puedo hacerlo?

—Trata de averiguar por qué falló tu método de readaptación. Si lo consigues, no dejes de avisarme con el resultado de ello, urgentemente —le tendió una tarjeta—. Además del FBI, puedes llamarme a ese teléfono. Es una línea especial. Mi nombre no figura en la tarjeta, sino el de un importador y exportador de artículos alimenticios, cuya identidad adopto a veces. No dejes de mantenerme informado, Lash. Quisiera creer que algo impide que tus métodos fracasen. Si es así, todos saldremos ganando al saber qué es ello.

Regresaron al despacho de Lash. Un enfermero de su servicio personal, aguardaba, con el teléfono descolgado. Miró a Lash y a su visitante.

—Llaman a un tal señor Kervin —informó.

—Es a mí —se apresuró a responder Brian. Cambió una mirada con Lash—. Dejé dicho adónde iba, por si había algo urgente. Y parece que lo hay.

—O lo hiciste en previsión, por si algo te ocurría aquí —sonrió tristemente el doctor Lash, sacudiendo la cabeza.

Brian no le respondió. Tomó el aparato, preguntando con tono escueto:

—Habla, Kervin. ¿Quién es?

—Yo, Pearson.

—Le escucho, señor.

—Hay noticias. Graves noticias, Brian. Será mejor que regrese cuanto antes de West Point a la ciudad de Nueva York.

—¿Malas noticias?

—Pésimas —resopló la voz de Pearson—. Será mejor que no diga nada aún a su amigo Lash, pero... otro de sus pacientes está metido en esto. Le hemos encontrado sin vida, donde ha ocurrido el desastre.

—Ya —rápidamente, Kervin cruzó su mirada con Lash, que no le perdía de vista—. Voy en seguida para allá, señor.

—Enviaremos agentes a que vigilen ese centro psiquiátrico de rehabilitación mental. Usted acuda al First National Bank. Le esperan allí Strauss y los demás. Sabrá que la caja acorazada del Banco se ha diluido como si fuese simple cera. Y no queda un solo dólar oro, de los cinco millones de dólares almacenados allí dentro.

—¿Qué...? —jadeó Kervin palideciendo.

—Es todo. No importa revelarlo por teléfono. Pronto lo sabrá todo el país. Es inevitable, amigo mío.

—Entiendo, sí. ¿Algún... algún poderoso explosivo, acaso la luz azul de...?

—No, Brian. Esta vez no —resopló la voz de Pearson—. Ahora sí utilizaron... antimateria.

Un escalofrío sacudió la espina dorsal de

M-31.

CAPÍTULO VIII

ANTI-ACERO ANTI-ORO

—Antimateria... Dios mío, no es posible...

—Vaya si lo es —el profesor Strauss se volvió, dejando de cambiar impresiones en voz baja con el hombre de sobrio abrigo ligero, oscuro, y gorro de piel se astracán. El profesor ruso Yuri Panarov se quedó contemplando, sombrío, los efectos de la increíble arma. Luther Strauss se acercó a Gabe Rothman y a Brian. Añadió con vos sorda—: Usaron anti acero. No sé cómo, pero lo hicieron. No hay destrozos, ni desgarros. Nada de eso. Sólo evaporación del acero, sin dejar rastro. Como diluido.

—¿No pudo ser otra clase de sustancia la que...?

—Decididamente, no. El grado de radiactividad es igual al registro en los Adirondacks cuando se estrelló el meteoro. Estoy seguro. No sólo poseen la Antimateria, sino que la manejan y controlan a perfección.

—Pero sólo el acero fue destruido limpiamente. Nada se destruyó por la reacción en cadena...

—Posiblemente no hay reacción en cadena. Una antipartícula de algo, destruye a la partícula y se destruye a sí misma, cuando ambas se encuentran. No tiene por qué sufrir igual fenómeno el resto de los cuerpos que no tienen relación con los neutrones y antiprotones de ese otro elemento o anti elemento. Se atacó al acero con partículas de anti acero. La destrucción mutua se produjo. Limpiamente, con una sorda, seca explosión, que todos pudieron percibir en las proximidades.

—Y se llevaron el oro... —completó Kervin—. Una fortuna en oro.

—Me temo que no —sacudid la cabeza negativamente Strauss. Se frotó el mentón, pensativo, con el dorso de su mano—. No, Kervin. No se llevaron ni un lingote de oro.

—Pero el oro... no está —murmuró Brian, perplejo.

—Exacto. Tampoco está el acero, caballeros —dijo una voz apacible

tras ellos.

Se volvieron todos. Miraron a Yuri Panarov que, solemne su gesto, se dirigió a Brian Kervin con una triste sonrisa.

—¿Qué quiere decir, profesor? —indagó Brian, vivamente.

—Lo que usted imagina —los ojos del soviético brillaron—. Sí, señor. No hay duda de que no sólo poseen el anti acero... sino el anti oro. Y han disuelto millones en lingotes, aquí mismo.

—Dios mío —jadeó Rothman, impresionado—. La anti piedra filosofal pudiera llamarse, profesor Panarov.

—Algo así, si les gusta fantasear las cosas, mis queridos colegas —suspiró el ruso—. En cualquier caso, un hecho inquietante. Porque yo me pregunto: si alguien, en vez de apoderarse del oro, lo destruye sin motivo... ¿por qué lo hace? ¿Qué espera ganar con ello?

Brian sacudió la cabeza. La respuesta que se le ocurría no le gustó en absoluto. Sin embargo, la expuso sin vacilar.

—Impresionarnos, para luego descargar su auténtico golpe... Sí, es toda una posibilidad. Una lamentable y peligrosa posibilidad.

—¿Peligrosa? Ya es suficiente peligroso que posea la antimateria.

—Es que creo entender al amigo Kervin —habló apaciblemente el presidente de los Estados Unidos, paseando por el despacho de la Casa Blanca—. El peligro auténtico radica en la aplicación que quiera darle ese hombre o esa organización a la antimateria.

—Exacto —asintió Brian—. El que desperdicia varios millones de dólares en lingotes, haciéndolos desaparecer, es que busca más, mucho más...

—¿Qué por ejemplo? —quiso saber Strauss.

—No lo sé —resopló Brian—. Y eso es lo que preocupa... Ha de ser algo grande, algo espectacular, sea ello lo que sea. Algo que signifique más, muchísimo más que tres o cuatro millones de dólares.

Reinó el silencio en el despacho presidencial. El primer mandatario del país reanudó sus nerviosos paseos, con las manos cruzadas a la espalda. Se hubiera podido oír el zumbido de una mosca, de haberla habido en el aséptico ambiente del despacho.

Emmett H. Pearson, director de la división de Defensa Nacional del FBI, carraspeó, tomando unos documentos y fotografías, de encima de su cartera, depositada en una mesita anexa.

—Analicemos fríamente los hechos, tal como mis hombres los han ido reconstruyendo —habló, sereno—. Según se deduce de testigos, evidenciales y otros datos y suposiciones, en plena madrugada, un vehículo pesado se detuvo no lejos del First National Bank, en un pasaje inmediato. El vehículo parecía ser comercial, enteramente vulgar, y nadie le concedió excesivo interés, ni siquiera el patrullero de servicio en la zona.

Hizo una pausa. Mostró un croquis de una furgoneta bastante amplia, con la marca de un famoso producto alimenticio.

—Así han descrito al vehículo en cuestión. En apariencia no podía ser más inocente, pese a su volumen. Imaginemos que ahí dentro viajaban personas bien adiestradas... y un ingenio o mecanismo capaz de proyectar o descargar antipartículas determinadas, como anti oro o anti acero, pongamos por caso. Les es sencillo penetrar en el edificio del Banco, pese a su solidez y seguridad. Eso prueba que poseen sistemas para desconectar los circuitos electrónicos de alarma. En suma, son gente de recursos amplísimos y gran capacidad técnica. Entran en el Banco. Es posible que el anti acero les sirva para ello, emitido de un modo gradual, destruyendo la materia sin explosión. Una vez dentro, se dirigen a los sótanos, destruyen las puertas de la gigantesca cámara acorazada de reservas en oro federales, y luego disuelven los lingotes. Regresan a su vehículo y se alejan. Nadie les ve ya, pese a la alarma dada por las explosiones del choque materia-antimateria. Eso puede significar que la furgoneta se oculta en algún punto no lejano. Y pensando que emite radiactividad, se busca su paradero.

—¿Lo encontraron? —se interesó el presidente, con impaciencia, volviéndose a él.

—No, señor. Pero encontramos el lugar donde estuvo: un almacén abandonado, con una rampa de descenso a los sótanos. Por allí, se sale a otro edificio inmediato, una residencia cerrada, sin habitantes, con amplio jardín privado, al que se emerge desde el sótano. Y de allí a la avenida del río, la distancia es mínima, y la zona poco frecuentada. Hemos detectado radiactividad en todos esos puntos. De modo que los atacantes ocultaron el vehículo de modo provisional, para escabullirse luego por otro punto. No dejan nada al azar.

—Estarán buscando ese vehículo aún...

—Por supuesto, señor. Tal vez lo encontremos, pero vacío. No tengo esperanzas en ello.

—Habló usted de... de un hombre muerto. Uno de los pacientes readaptados, del doctor Gaar Lash —le recordó Kervin a su jefe.

—Es cierto. Se trata de Max Ritter, un antiguo saboteador neo-nazi.

—¡Max Ritter! —Se sobresaltó Kervin—. ¡Uno de los más recientes dados de alta...!

—Es cierto. Estaba muerto, por efecto quizá de una descarga excesiva de antimateria que le afectó en los sótanos del First National Bank. Fue identificado en seguida. Es obvio que viajaba con los poseedores del ingenio antimateria, Kervin.

—Cielos... —Brian resopló, aturdido—. Y dejaron el cadáver allí, pudiendo haberlo retirado, evacuándolo con su coche. ¿Por qué, señor?

—Eso no lo sé. Tal vez no les importa que se sepa la clase de personal que utilizan en sus tareas.

—Tal vez —meditó Kervin, frunciendo el ceño—. Tal vez...

El presidente se acercó a ellos resueltamente. Su rostro preocupado, denotaba energía, determinación inquebrantable, a la vista de las circunstancias.

—Bien, señores, escuchen esto. Voy a pedirles algo a todos ustedes, y espero que...

En ese momento, funcionó un teléfono sobre la mesa.

Todos giraron la cabeza, aturdidos. Las miradas se clavaron en la mesa de trabajo del primer mandatario americano. Incluso éste palideció intensamente al descubrir el punto de origen de la llamada, entre los diversos aparatos telefónicos de su mesa.

Era uno. Uno en particular.

El teléfono rojo.

Fueron momentos de tensión, de angustiosa tensión.

Aparte la voz que desgranaba palabras en el oído del presidente, no se oía otra cosa que ese leve murmullo y algún monosílabo del responsable de los Estados Unidos, aferrando el rojo aparato conectado con el Kremlin y con Pekín.

El vicepresidente, algunos consejeros de la presidencia, dos altos cargos del Pentágono y el tenso grupo formado por Kervin, Strauss,

Rothman, Cyd Darrin y Emmett H. Pearson, eran un silencioso, mudo coro, agrupado al fondo del despacho presidencial, pendiente de lo que pudiera estar comunicando el teléfono rojo a Washington. Finalmente, el presidente terminó su charla. Colgó, enjugándose el sudor. Miró a sus acompañantes, con expresión inquieta. Trató de hablar con un tono sereno, sin inmutarse.

—Señores, al fin sabemos por qué disolvieron millones de dólares en lingotes de oro —dijo gravemente.

Todos cambiaron miradas de profunda inquietud, sobresaltados por la noticia dada por el primer mandatario de la Nación.

—¿El teléfono rojo lo comunicó? —Había incredulidad en la voz del vicepresidente.

—Exacto —suspiró el primer ciudadano americano—. Moscú dio la respuesta. Creo que es el principio solamente. El principio de algo peor, que nos afecta a todos.

Esperaron que él dijera de qué se trataba. Y así lo hizo:

—Hay un ultimátum a todos los Gobiernos poderosos del mundo. Alguien exige mil millones de dólares oro.

—Mil millones... —jadeó Pearson—. ¡Es una locura!

—No, no es una locura, cuando para el gran chantaje, se cuenta con un poder como la antimateria —replicó secamente el presidente, de los Estados Unidos—. No es una locura, cuando se puede destruir a distancia el acero de las armas bélicas, de los sistemas defensivos, de las grandes industrias. No es una locura, cuando el oro que no se entregue a esa gente sea desintegrado por partículas de anti oro. Eso es lo que ha sucedido ya en Moscú y Pekín. Rusos y chinos están preocupados. Temían que fuese una nueva arma experimental nuestra. Les hablaron del First National Bank. Yo les confirmé la noticia. Me temo que pronto nos reclamarán la misma suma a nosotros. Porque los poseedores de la antimateria... piden esos mil millones en oro a cada una de las grandes potencias.

—Mil millones a cada una ¡Es como un delirio! —musitó Kervin, impresionado—. La mayor fortuna de todos los tiempos.

—Tienen solamente tres días de plazo para entregar esa suma —concluyó el presidente, ceñudo—. No espero que nos den más plazo a nosotros, cuando llegue el ultimátum de esos bandidos.

—Pero ¿cómo entregar una suma tan fabulosa, tan increíble? —insistió

—. ¿Y dónde?

—El lugar y modo están fijados ya por los chantajistas —suspiró el primer mandatario—. Un barco, en alta mar. Exactamente en el Atlántico Norte, al nordeste del mar de los Sargazos. Un barco sin tripulación, con la mayor cantidad de oro puro que jamás vieron los siglos, señores. Lo demás, será cosa de ellos. Pero cualquier navío o avión que se aproxime a ese buque durante una semana, será desintegrado por la antimateria. En cualquier momento, sonará el teléfono de mi despacho. Y el chantaje nos afectará también a nosotros.

Fue como una premonición. En ese momento, zumbó el llamador de un teléfono.

Ahora no era el teléfono rojo, sino uno de los demás. El presidente contuvo el aliento. La llamada continuaba. Se acercó lentamente. Descolgó. Al atender, hizo un gesto.

—Son ellos —dijo.

Nadie hizo comentario alguno. Nadie se atrevió siquiera a moverse, en tanto duró la misteriosa llamada al presidente de la nación, desde algún lugar donde alguien poseía el arma más aniquiladora y terrible de todos los tiempos: la antimateria.

Un arma capaz de alterar la faz del mundo. Capaz de someter pueblos y gobiernos. Capaz de destruir todo lo creado.

CAPÍTULO IX

EL GRAN CHANTAJE

Brian Kervin entró precipitadamente en las oficinas del Pentágono. Cyd Darrin se volvió a él, quitándose los auriculares de su rubia y linda cabecita. Hubo un gesto de desaliento en su bella faz.

—Nada, Brian. No conseguimos nada —dijo.

—Tampoco nosotros —jadeó Kervin, nervioso—. Vengo del FBI. Y de la Central de Radiotelefonía. No has conseguido cosa alguna. La llamada telefónica al presidente fue radiada en una determinada frecuencia y longitud de onda, conectada con la línea telefónica de la Casa Blanca.

—Sí, eso también lo han captado nuestros escuchas de radio de la Inteligencia Militar —asintió Cyd—. Pera es todo. La emisora está en movimiento. Aparece y desaparece, se debilita o se extingue. Debe disponer os diversas estaciones móviles, para desorientar.

—Pero dentro de territorio norteamericano, ¿no?

—A veces, sí. En otras ocasiones, se mueve en zonas marítimas del Atlántico, al norte de Nueva York.

—El Norte... Sí, parece que es su teatro ideal de operaciones —asintió Kervin—. En el Atlántico Norte hay que depositar los tres mil millones de dólares en oro. La ruina de Fort Knox, de las arcas del Kremlin y de Pekín... Y no terminará ahí. Inglaterra, Alemania, Suiza y otros países, seguirán después.

—Se maneja mucho dinero en todo esto, Brian. —Cyd parecía preocupada, nublado su atractivo por la inquietud—. Robar la antimateria, controlarla y dirigirla, ha debido costar millones. Disponer de emisoras de radio, de procedimientos para actuar a distancia, incluso provocando sabotajes en la URSS y China Continental.

—Dinero... —Los ojos de Kervin brillaron, en tanto contemplaba a los escuchas y cazadores de ondas de radio del Pentágono, en su tarea exhaustiva e implacable en pos de los gigantescos chantajistas del mundo entero—. Sí, mucho... Quien dirige el asunto, tiene

millones para manejar. Pero es una buena inversión. Le reportará la mayor fortuna de todos los tiempos.

—¿Cómo esperará disfrutarla? —comentó Cyd—. Nadie puede ser tan rico como para tener la mayor parte del oro del mundo.

—Un nuevo nabab, tal vez —se encogió de hombros Kervin, malhumorado—. Hay que suponer que actualmente posee embarcaciones, acaso aviones, algún submarino o cosa parecida, puesto que eligió un navío abandonado en alta mar, con la carga de oro más ingente del mundo. Y debe disponer de medios para el transporte a alguna parte, al tiempo que controle la zona de la operación, con la amenaza de su antimateria.

—¿Y si todo fuese un gran alarde, un «farol» gigantesco, Brian, y su poder no fuese tan grande? —sugirió Cyd.

—Recuerda algo; ha logrado destruir armas bélicas defensivas e industrias del acero en la Unión Soviética. Ha pulverizado un cargamento de oro en Pekín, y ha aniquilado unos astilleros donde se construían submarinos atómicos. Eso no es ningún «farol». Y aunque su poder fuese menor que el que parece..., ¿quién correría el riesgo de averiguarlo?

—Tienes razón —suspiró ella—. No hay remedio, si no descubrimos pronto el origen de esa fuerza aniquiladora, o la identidad y paradero de sus poseedores.

—De un modo o de otro, algo es evidente, el autor de todo esto es un multimillonario. O alguien asociado con la persona capaz de invertir esos millones con garantías de éxito, que le conviertan en el más rico ser de la historia.

—Poca cosa es saber eso, si no tenemos más datos sobre su persona —musitó ella, volviendo a sus auriculares, para ayudar a los equipos de detección de ondas de radio, en el Pentágono—. Te veré más tarde, Brian Debemos trabajar todos en esto, con el máximo de nuestras fuerzas.

—Sí —asintió Kervin, agitando su mano en saludo de despedida—. Yo también tengo algunas cosas por hacer. Ya nos veremos.

—Pero no en Fuji, comiendo sakiyaki y tomando saké —rió ella, irónica, antes de sumirse en su tarea.

—No, no en Fuji... —Brian frunció el ceño, meditativo—. Fuji... Sí, yo sí voy a tomar algo de saké para elevar la moral. A ser posible, sin veneno.

Y salió del Pentágono, enfilando su automóvil hacia el aeropuerto. Iba a regresar a Nueva York inmediatamente. Quería visitar Fuji. Y, sobre todo, ver de nuevo a

Sun-Kwai,

la joven china que salvó su vida.

Si es que aún estaba en Fuji, cosa que dudaba mucho.

No. Sun-Kwai no estaba en Fuji. Ya no trabajaba.

No se sintió sorprendido en absoluto. Tampoco cuando le dijeron que

Sun-Kwai,

en realidad, había ingresado en el restaurante justamente la noche en que él y Cyd sufrieron el envenenamiento.

Brian Kervin partió con rapidez del lujoso restaurante nipón de la Calle Cincuenta y Seis, tras escuchar las quejas ceremoniosas del japonés que regentaba el negocio, un honorable caballero del Celeste Imperio, vestido modernamente y con ideas comerciales muy prácticas.

Se encaminó a la clínica donde ingresarán él y Cyd la noche del envenenamiento. Pidió por el doctor Budd Lassiter, como recordaba que se llamaba el médico que le atendió, librándole de la muerte.

Tampoco se sorprendió demasiado cuando le informaron que el doctor Lassiter había ingresado en la clínica pocas fechas atrás, como interino, y se había despedido dos días antes, para ingresar en otro centro sanitario, con un destino mejor. No, no sabían de qué centro se trataba.

Kervin dedicó las horas siguientes, en frenética búsqueda, a localizar a una mujer china llamada

Sun-Kwai,

y a un hombre medianamente joven, llamado doctor Budd Lassiter. No esperaba muchos resultados. Por eso, cuando los obtuvo, se sintió sorprendido. Y esperanzado en parte.

Los datos se los facilitó su propio archivo, en las dependencias del FBI. Una computadora, tras recoger los datos precisos, le facilitó dos fichas.

Una, con la fotografía y huellas de

Sun-Kwai.

Otra, con idénticos datos del doctor Lassiter. En ambas figuras,

ostensible, una palabra roja, cruzada:

«Espionaje en favor del extranjero».

Abajo, figuraba otro rótulo azul:

«Cancelada. Rehabilitada esta persona en el Centro de
Regeneración psiquiátrica del doctor Gaar Lash.
Actualmente, persona honrada»

—Me lo temía —musitó Kervin—. Me lo temía...

Llovía con fuerza cuando el automóvil gris plata se detuvo ante Rockefeller Center, y encontró aparcamiento por puro milagro. Ya era de noche en la ciudad. Por Manhattan, corrían las últimas ediciones de los diarios vespertinos, con sus enormes titulares:

¡Chantaje internacional a gran escala!

Estados Unidos, la Unión Soviética y China, extorsionados por la amenaza de la antimateria.

¡Tres mil millones en oro para unos desconocidos supe criminales, amos de la energía más aniquiladora de la historia del mundo!

Ríos de tinta para el lector ávido, asustado, que no podía separar sus ojos de las pantallas de televisión donde se le martilleaba, incesantemente, con la noticia del día y todos los datos últimamente recibidos de Washington, Pekín o Moscú.

En la Casa Blanca, se decía que el teléfono rojo funcionaba más que el de una

call-girl

en Broadway, según el humor, más bien dudoso, de algunos chistosos reporteros.

Lo cierto es que tras el sensacionalismo y la burla, latía el terror. La gente estaba asustada. El país entero lo estaba, aunque pretendía disimularlo. La espada pendiente sobre sus cabezas, era demasiado terrible para ignorarla. Sin embargo, la vida parecía perfectamente normal, todos realizaban sus tareas invariablemente, y la serenidad

cívica se mantenía. Ya era algo, pensó Kervin, cuando cruzó bajo la lluvia, para estrechar con energía la mano sudorosa de un doctor Lash sorprendentemente pálido, ojeroso, y lleno de indecisión.

—Hola, Brian —saludó roncamente, cerrando la portezuela de su largo automóvil—. Acudí tan pronto recibí tu llamada. ¿Qué es lo que sucede ahora, para que me hayas citado en Nueva York?

—Cosas muy graves. Habrás leído periódicos.

—No. Ni hace falta. Escucho la televisión, la radio. Eso basta.

—Sí, supongo que sí —le miró, pensativo—. Ya sabes lo de Max Ritter, ¿no?

—Lo sé —tragó saliva—. Brian, imagino lo que piensas, pero no es posible que ellos... No sucedió nunca, hasta hoy. ¿Por qué habrían de cambiar súbitamente las cosas de ese modo?

—No lo sé. Imagino que tú eres quien mejor puede explicarlo, Lash.

—Lo siento. No puedo explicar nada. Para mí, esto no tiene sentido. No me habrás llamado sólo para comentar lo de Ritter.

—No, no sólo eso. Se trata de otras dos personas atendidas en tu establecimiento psiquiátrico de West Point, Lash:

Sun-Kwai,

una bella muchacha china... ¿La recuerdas?

—Sun-Kwai... Claro... La recuerdo muy bien. Servía a una célula pro-china, dependiente de Pekín, cuando las relaciones chino-americanas eran tensas. Estaba fanatizada políticamente. Ahora es una muchacha dulce, atractiva y sin obsesiones destructivas ni odios. ¿La conoces?

—La conozco, sí. Se empleó en el restaurante donde yo cené una noche con una muchacha amiga. No sé aún si me salvó la vida... o envenenó previamente mi saké. El veneno es cosa de mujeres, tú lo sabes.

—Claro. Pero ella no... —Sacudió la cabeza, negativamente—. ¡No puedo admitirlo!

—Dejemos eso. Ella misma me hizo conducir a un lugar, un centro médico donde trabajaba un médico interino, un tal... Budd Lassiter.

—El doctor Lassiter. Fue paciente mío. Luego, colaboró conmigo, fue mi auxiliar... —Los ojos de Lash se dilataron—. Cielos, no puedes sospechar de un hombre así... Fue un mal profesional en otro tiempo, se dedicó a intervenciones ilegales, a cosas oscuras. En vez de hacer de él un delincuente sin profesión, le volví a hacer

médico, pero honesto, recto. Estoy orgulloso de ese trabajo, Brian. No puedo admitir que él...

—No me hizo daño alguno, según parece —suspiró Brian—. Sólo me dio vomitivos y antídotos para mi estómago envenenado... según él y según

Sun-Kwai.

Yo no podía dudar de todo ello. Ahora, sí, dudo. Acaso no fue veneno lo que nos dieron, sino algo diferente.

—¿Diferente? ¿Cómo qué cosa?

—No sé... Cyd, mi amiga, trabaja con el Pentágono. Yo, en el FBI. Es posible que nos administren un suero, algo como pentotal sólido o cosa parecida, para sonsacarnos información. Hay gentes para quienes la información sobre organismos oficiales del Gobierno puede ser vital: los dueños de la antimateria, por ejemplo...

—No, no. Ellos no harían eso, Brian —jadeó Lash.

—¿Y Ritter, tu

neo-nazi

rehabilitado? ¿Qué hacía en el Firt National Bank, cuando usaron la antimateria? ¿Y Barrow, y Saunders, sirviendo a Memory?

—Está bien, Brian. Admito que algo raro sucede, pero no puede ser culpa mía. Ni de ellos. Alguien maneja el asunto en su beneficio, estoy seguro. De algún modo obtuvo datos de mis pacientes, los localizó y... y no sé lo que sucedería, Brian, porque ellos son personas distintas ahora, gente que no se sentiría atraída por el delito.

—Pero delinquen. O bien obran de modo raro, misterioso, poco claro. Como

Sun-Kwai

y el doctor Lassiter. Me gustaría verlos de nuevo, hablar con ellos.

—Bien, yo sé, dónde vivía últimamente Lassiter, pero no creo que...

—comenzó Lash, con el ceño fruncido.

—Entonces, vamos allá. Lo intentaremos, cuando menos —le tomó del brazo, enérgico, y corrió con él hacia su propio coche—. Tú indícame el camino, Lash. Yo conduciré. Quiera Dios que se aclare esto y ni tú ni tus pacientes tengáis culpa alguna. Es lo que más deseo en este mundo.

Poco después, él y el joven psiquiatra avanzaban por el mojado asfalto de Manhattan, a la mayor velocidad posible camino del

lugar donde le indicara Lash.

Brian emitió un silbido entre dientes, al oír las señas en la Quinta Avenida.

—Eh, pero eso es muy lujoso —comentó—. Demasiado lujoso para un médico como Lassiter. ¿Acaso es rico?

—¿Lassiter? Oh, no. —Lash sacudió la cabeza, pensativo—. Le ha prestado su residencia un millonario griego, un riquísimo armador dueño de islas en el Mediterráneo, flotas pesqueras, aviones comerciales y toda clase de industrias dispersas por el mundo. A veces reside él aquí, en Nueva York. Lassiter es un médico de confianza en la ciudad. Yo logré eso.

—Un armador griego... muy rico —meditó Brian frunciendo el ceño, sin dejar de conducir, Broadway abajo.

—Sí. Se trata de Spyros Stefanis —habló el doctor Lash, con naturalidad—. Nadie sabe la fortuna que posee, en realidad. Ni él mismo. Creí que le conocerías.

—¿Yo? —se sorprendió Kervin—. ¿Por qué motivo?

—Bueno, ¿no trabajas con el profesor Luther Strauss, de la Comisión Federal de Energía Nuclear y Estudios Físicos?

—Sí. —Brian arrugó el ceño—. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Bueno, Spyros Stefanis fue cuñado de Strauss hasta hace poco tiempo. Se separó recientemente de Hilde Strauss, hermana del profesor, con quien estuvo casado durante cosa de seis años. ¿No te lo mencionó el profesor?

—No, no me dijo nada de eso —se intrigó Kervin, ceñudo, su mirada perdida más allá del parabrisas, de las oscilantes varillas limpiadoras, como inmerso en las manchas de luz de la ciudad, borrosas por la lluvia torrencial—. Y me pregunto por qué...

—Resulta raro. Si Strauss ha obtenido aquí altos cargos y gran prestigio científico, se debe en parte a su capacidad personal... y en parte a la influencia de Stefanis, su cuñado.

Brian no dijo nada. Enfiló la Quinta Avenida, en dirección al punto señalado por su antiguo compañero en el FBI. Pero su rostro era una máscara de perplejidad y dudas.

—Tengo que hablar con el profesor de todo ello. Y lo antes posible —masculló.

—Es allí —dijo Lash de pronto—. Aquel gran edificio.

Era, realmente, un gran edificio el de la residencia de Spyros Stefanis, en plena Quinta Avenida neoyorquina. Una vivienda rodeada de amplios jardines frondosos. A su lado, incluso la vivienda de Rhonda Randall parecía una cabaña. Valdría aquella propiedad más de dos millones de dólares, evaluada así por encima. Estaba cerrada. Cuantas veces llamaron a la puerta enrejada de acceso, resultó inútil. Buscaron la entrada de servicio. Kervin insistió también allí, sin resultado. Cambió una mirada de preocupación con Lash. Éste se encogió de hombros.

—No estaría ahora, seguramente —comentó el joven psiquiatra.

—Ni él ni el servicio —objetó Kervin—. Una casa como ésta, requiere servidumbre abundante.

—Eso es cierto. Tal vez la cerraron y Lassiter vive ahora en otro lugar, no sé...

—Lo vamos a comprobar en seguida —dijo Kervin, buscando en sus bolsillos. Y extrajo un juego variado y complejo de modernísimas llaves maestras de todo tipo.

—¡Brian! —se asombró Lash—. ¿Qué vas a hacer?

—Entrar ahí. Y ver si Lassiter se oculta o no.

—¡Es allanar una morada! Tú eres un federal, pero Stefanis es un magnate y...

—De todos modos, me arriesgaré —rió Brian entre dientes.

Unos minutos después, estaba dentro de la suntuosa residencia del magnate griego. Y Lash con él.

El recorrido por las amplias y lujosas habitaciones, no fue muy extenso. En realidad terminó en el gabinete destinado a salón de lectura y de juegos.

Allí, frente a una vidriera policromada, encontraron los dos cadáveres.

Uno, era el doctor Lassiter. Otro, delicado y como de porcelana rota, era el de la bella y exótica

Sun-Kwai.

Ambos habían sido asesinados a tiros. Las balas habían producido diversos agujeros en sus cuerpos. La sangre lo salpicaba todo en derredor.

—Dios mío —musitó con honor el doctor Lash, apoyándose en el muro—. Muertos...

—Acribillados a balazos, Lash —asintió duramente Brian Kervin—.

Alguien se deshizo de ambos porque sabían demasiado o porque ya no eran útiles. El señor Stefanis, con todos sus millones, tendrá que explicar muchas cosas, aunque me temo que no podremos probar nada en contra suya, como ocurre siempre con los peces excesivamente gordos.

—¿Crees que Stefanis, un hombre de su condición y fortuna puede estar metido en algo tan sórdido, tan horrible? —Eludió contemplar, muy pálido su rostro, los cuerpos de sus dos ex pacientes en el sanatorio de readaptación de West Point.

—No es que lo crea, Lash. Es que ahora estoy seguro de que Spyros Stefanis es la persona que financia el asunto de la antimateria. Sus millones son la inversión que le reportará la mayor fortuna jamás soñada. Vamos ya, Lash. Sólo podemos avisar al FBI ahora. Y a la Metropolitana. Yo, entre tanto, me ocuparé de hablar con alguien. Alguien llamado Luther Strauss, profesor de Física Nuclear y experto en antimateria. Hay algo que tiene que explicarme. Y será mejor que sepa y pueda explicarlo de modo convincente.

CAPÍTULO X

AL NORTE DE LOS SARGAZOS

—Lo siento, Kervin. El profesor no aparece.

—¿Qué?

—El profesor Strauss... Nadie se explica adónde ha ido. No está en ninguno de sus habituales lugares. Ni en Washington, ni en Nueva York, ni en los laboratorios ni en la Casa Blanca, ni en el Centro de Investigación de Física Nuclear, ni en el edificio donde se experimenta con antipartículas. ¡Nadie sabe nada desde hace varias horas sobre el profesor Luther Strauss!

Brian Kervin pestañeó, fija su mirada en el hombre que le hablaba, con gesto preocupado y semblante pálido.

—Rothman, usted es su principal y más directo colaborador —susurró—. Si usted no lo sabe...

—Es que nadie lo sabe. Exacto, Kervin —asintió sombríamente Gabe Rothman, paseando como un tigre enjaulado por el laboratorio personal de Strauss en la ciudad—. Créame, me siento asustado.

—¿Teme... que hayan raptado a Strauss?

—Temo todo lo peor.

—¿Asesinato?

Gabe le miró muy fijo. Se encogió de hombros, humedeciendo sus labios con la punta de la lengua. Estaba nervioso, y no podía disimularlo.

—Incluso eso, sí. Usted acaba de hablarme de un doble asesinato. Una mujer, un hombre. Los que manejan la antimateria se juegan mucho, su propia seguridad su dominio del mundo y la mayor fortuna en oro de todos los tiempos. Por todo eso, son capaces de cualquier cosa.

—Es evidente. El chantaje mundial lo justifica todo, Rothman. Pero yo... yo vine a buscar a Strauss pensando de otro modo.

—¿Qué modo?

—Digamos que... que sospecho de su amigo y maestro, Rothman.

—¿Cómo? —aulló el científico, pegando un respingo. Dilató sus ojos, atónitos—. No estará hablando en serio, ¿verdad, Kervin?

—Escuche esto, Rothman. ¿Sabía que Strauss es cuñado de un griego fabulosamente rico llamado Spyros Stefanis?

—Lo fue. —Gabe asintió, grave su expresión—. Si lo sabía. ¿Es eso un delito?

—Pudiera serlo.

—No le entiendo, Kervin... Strauss estuvo casado con Hilde Stefanis, hermana del armador griego, pero eso no explica nada.

—En casa de Stefanis, murieron dos personas, las que le he citado, Rothman. Stefanis posee fortuna suficiente para controlar esa antimateria, dar recursos a un científico, canalizar ese poder terrorífico, para el dominio del mundo.

—Stefanis es inmensamente rico. ¿Para qué quería él más dinero?

—No se trata de dinero, Rothman. El hombre excesivamente rico, ambiciona siempre más, pero no solamente oro o millones, sino... poder.

—Poder. Entiendo. ¿Cree que Stefanis quiere...?

—Sería factible. Un sueño demente, pero otros lo tuvieron antes que él: Alejandro, Napoleón, Hitler...

—Y todos fracasaron —sonrió Gabe Rothman.

—Lo cual no implica que siga intentándose. Dominar el mundo. Un hermoso sueño para un hombre que ya no ambiciona dinero.

—Pero los que poseen la antimateria sí piden dinero. Miles de millones, pero lo piden, Kervin —protestó Rothman, frunciendo el ceño—. ¿Cómo se explica eso?

—Necesitarán dinero en abundancia para sus planes de conquista. Un sueño así, si se quiere asentar sobre pilares de realidad, precisa el arma terrible... y dinero. Muchísimo dinero para invertir en medios de combate, en lo que sea.

—Ya. E imaginó que el profesor Strauss... pudo ser quien... traicionara a su país, al mundo mismo.

—No imagino nada, Rothman. Sospecho de él, eso es todo. Pueden ser otras personas, y él ser una víctima, como usted sugirió. Pero resulta significativo que haya desaparecido precisamente ahora cuando está a punto de ser enviado al Mar de los Sargazos un navío cargado de oro puro y cuando dos personas fueron asesinadas en casa de Stefanis.

—El Mar de los Sargazos... El oro... —Se estremeció Gabe Rothman, pasándose una mano nerviosa por el rostro—. Dios, qué fantástico parece todo.

—Pero es real, Rothman. Muy real. Dentro de dos fechas, ese barco estará rondando los sargazos de esa zona del Atlántico Norte. Para entonces, quizá no haya aparecido aún el profesor Strauss... ni nunca aparezca.

Los Sargazos.

Al Norte de las Antillas, en el Trópico de Cáncer, lejos de la costa norteamericana. Pero no demasiado lejos tampoco.

Millones de residuos, de algas, de buques maltrechos, de restos de naufragio, arrastrados por las corrientes marinas del Atlántico, hasta un punto amplio donde los sargazos o residuos forman casi un suelo firme, viscoso y maloliente.

Allá enfrente, el navío. Ya sin tripulación. Sin nadie alrededor. Sin persona alguna a bordo.

Con el oro a bordo. Millones en oro. El precio de una rendición frente al poder aniquilador de la antimateria controlada por el hombre.

Silencio. Las olas meciéndose, golpeando el casco suave, ahogadamente. Gaviotas, sobrevolando la mancha parduzca y siniestra de los Sargazos.

El barco perdido, esperando a sus nuevos dueños. A los amos y señores de la antimateria precipitada sobre la Tierra desde los cielos exteriores.

Horas, largas horas de calma, de silencio, de quietud. De espera angustiosa en el mundo. Estaciones de radar y de vigilancia electrónica, centradas en aquel cuerpo flotante en el océano. Esperando algo.

Esperando que «ellos» se apoderasen del fabuloso botín.

Y, por fin...

—Alguien se acerca —informó una estación de seguimiento electrónico.

—Sí —confirmó el técnico del radar a larga distancia—. Junto al barco. Hay algo...

—¿Qué? —preguntó, impaciente, un almirante de la Marina de los Estados Unidos—. ¿Qué es lo que hay?

—Emerge del fondo del mar. Un submarino. No; son dos...

—Submarinos. Su poderío es grande, entonces. Acaso un país, una potencia.

—Han sido dados por desaparecidos submarinos últimamente, en el Atlántico —rectificó un experto—. Pudieron ser secuestrados. Acaso sean ellos.

—Eso requiere audacia, medios cuantiosos.

—Lo tienen. Tienen mucho de todo eso —fue el comentario del comandante en jefe de la secreta operación de control a distancia.

Ocultas cámaras de televisión, transmitieron vía satélite el encuentro. Era cierto lo imaginado. Dos tiburones de negro acero. Dos submarinos. Submarinos nucleares. Uno soviético, otro norteamericano. No había duda. Submarinos secuestrados bajo el mar.

Subieron a bordo extraños personajes en goma negra brillante, con cascos y máscara. No era posible identificar a ninguno. Y menos a aquella distancia, con cámaras portátiles, simuladas entre los propios Sargazos.

—¿Qué hacemos? —indagó el almirante.

—Nada —cortó el Presidente de los Estados Unidos—. Un ataque podría dar fruto, abatir esos submarinos... Pero ¿y la antimateria? ¿Sobre quién sería lanzada esa fuerza terrorífica que ellos controlan? ¿Qué países la sufrirían, y en qué grado?

El barco era remolcado por los submarinos. Se alejaba, rodeando los Sargazos, hacia el norte. Las cámaras resultaron inútiles al fin. Se terminó la transmisión. Sólo el radar, débilmente, y las señales electrónicas con más fuerza, fueron emitiendo indicios de su ruta.

Hasta que, bruscamente, se extinguió todo. Absolutamente todo.

Los escuchas probaron en vano. Se miraron entre sí, inquietos.

—Descubrieron los sistemas —dijeron—. Han roto la conexión electrónica.

El presidente se enteró, con serena palidez en su semblante. Miró al vicepresidente, al secretario general.

—Dios mío —murmuró—. Y Brian Kervin, el agente

M-31...

a bordo de ese buque. Sólo en estos momentos. A merced del enemigo misterioso y terrible.

—¿En qué estaba pensando para meterse en la boca del lobo, señor

Kervin?

Brian contempló serenamente a su interlocutor. Y a cuantos hombres de negro uniforme de goma le rodeaban, como espectros fantásticos. Sonrió, encogiéndose de hombros.

—En la antimateria, señor Stefanis —dijo con frialdad.

—Vaya... —El pequeño, nervioso, moreno y astuto griego, se movió en su asiento, al extremo del camarote de mando—. La antimateria. No me dirá que ha sido tan ingenuo como para esperar obtener cuanto poseemos... y huir con ella a su país, triunfante.

Soltó una carcajada, para terminar añadiendo:

—Eso, señor Kervin, sólo ocurre en las películas de espionaje, no en la realidad.

—Se podía probar.

—¡Es una idea ridícula! —aulló Stefanis con repentina ira. Le miró, brillantes sus negros y estrechos ojos—. ¿Cómo pudo pensar tal cosa? ¿No se trae otra cosa entre manos?

—¿Qué cree usted? —sonrió Brian, apacible—. Me han registrado de pies a cabeza, me han pasado por un detector electromagnético. No llevo nada encima, ¿no está claro? ¿Qué teme de mí el poderoso amo y señor de la antimateria, futuro amo del mundo?

—Nada. No temo nada. Ni de usted, ni de nadie. Ni de países, ni de políticos o militares —soltó una débil carcajada—. Después de todo... el arma que pende sobre sus cabezas es demasiado terrible para correr el riesgo de desafiarla.

—Muy cierto. Su impunidad, pues, es total, señor Stefanis.

—De todos modos, el agente especial

M-31,

se encierra voluntariamente en la nave del oro. Y corre el riesgo de morir aquí de modo estúpido... a la vez que desafía mi poder, y hace correr al mundo el riesgo de una réplica violenta mía. ¿Por qué,

M-31?

—Está muy bien informado. Incluso conoce mi número clave... Le felicito.

—Yo sé muchas cosas —rió el griego—. El dinero compra a todos. Depende siempre del precio.

—No pretenderá comprarme a mí...

—No necesito comprarle,

M-31.

Usted no me es útil. Ni se lo puede ser ya a su gente. Está en mi poder. Incomunicado. Los sistemas de la red de control electrónico de este barco, han sido ya anulados por mis técnicos. Nadie nos sigue. Nos alejamos hacia una base secreta, donde tengo los proyectiles antimateria, asestados sobre ciertos lugares de este planeta, amigo mío.

—Estaba seguro de que había mucho dinero tras este juego de locos.

—Mucho. Por eso necesito aún más. ¡Pero no es un juego de locos, sino de cerebros inteligentes!

—¿Espera triunfar, ser amo del mundo acaso?

—¿Por qué no? No es ninguna fantasía. Poseo la mayor fortuna del mundo. El oro de a bordo es auténtico. Ya se comprobó eso. No cometieron errores ahí. El único error la cometió usted, o quien le ordenó embarcarse,

M-31.

Ahora, tengo que hacerle ejecutar.

—¿Tanto le preocupo estando con vida?

—No me preocupa lo más mínimo. Pero no quiere intrusos. Será eliminado.

—¿En alta mar? ¿Ni siquiera me permitirá ver su gran base secreta? Después de todo, morir en ella no creo que le cause problemas. Me gustaría descubrir su auténtico poderío, antes de irme a la eternidad.

—Una estúpida curiosidad, señor Kervin. Ridícula, además. Quiere ganar tiempo, espera tener una oportunidad, la que sea, no me engañe.

—Bueno, es humano, ¿no es cierto?

—Tal vez sea humano —sonrió el magnate griego—. Y tal vez no sea ningún riesgo llevarle hasta allá.

—Supongo que viajará con usted su cómplice, ¿no, Stefanis?

—¿Mi cómplice? —Arqueó las cejas, curiosos—. ¿A quién se refiere?

—Al profesor Luther Strauss, su ex cuñado. El técnico, el científico que precisó usted comprar a alto precio, para que robe antipartículas en los Adirondacks, y los proporcionase a sus expertos, para su control y manipulación...

—¿Strauss? —soltó una leve carcajada—. No, se equivoca. No falló por mucho, pero mi técnico... sí... viaja conmigo. Y fue quien, enterado por informe secreto del Gobierno, obtuvo anticipadamente la antimateria. Era lo convenido.

—¿Y no es Strauss?

—No, Kervin —sonó una voz tras él—. Soy yo. ¿Sorprendido?

Brian se volvió, pensativo. Contempló al hombre que aparecía, sonriente, con su uniforme negro también.

—Vaya —musitó—. Gabe Rothman en persona. El ayudante personal del profesor Strauss, y hombre de confianza del Gobierno.

CAPÍTULO XI

¿FIN DEL MUNDO?

—Bienvenido a la Base Uno,
M-31

—saludó burlón Rothman, apenas descendieron del submarino, frente al muro de rocas oscuras, salpicadas de hielos perpetuos, en aquel islote perdido, entre Groenlandia e Islandia.

Brian no contestó salvo con una mueca. El islote, sin duda adquirido por Stefanis en propiedad, era una base ideal de lanzamiento sobre el mundo de proyectiles antimateria. Muy al norte, en zona fría y poco hospitalaria, nada frecuentada.

Un ascensor le llevó al interior de la isla, en su subsuelo. Galerías, instalaciones subterráneas secretas, absolutamente todo en derredor, era moderno, ambicioso, seguro, hermético.

—Un bello paraje —convino—. Y un refugio seguro, Rothman.

—Verá las instalaciones. Luego, será ejecutado —sentenció fríamente Stefanis.

—Muy bien. Adelante.

Y vio las instalaciones. Y se estremeció ante los proyectores de antimateria.

Eran gigantescos tubos de un metal especial. Espirales eléctricas partían de cada uno de los cilindros proyectados sobre una cúpula de círculos graduados. Stefanis informó con voz triunfante:

—Basta apuntar a determinado grado de latitud y longitud. Se dispara el cilindro. La antimateria surge en un proyectil de especial estructura, teledirigido hacia su destino.

—Fantástico poder. Pero imagine, Stefanis, que todo esto... se hiciera pedazos un día. Que la antimateria no pudiera ser controlada.

—Haría falta una supe bomba para poner esto en funcionamiento. Y es imposible que llegue, porque hay un cerco de alarma magnética en torno a la Isla. Y nadie salvo usted, sabe dónde está esta base.

Ahora, Kervin, disfrutará de una última comida... y será ejecutado.

—¿Con... antimateria? —sonrió sarcástico Brian Kervin.

—No, no es preciso malgastar antipartículas en un simple ser humano —rechazó Rothman—. Será lanzado al mar en una cápsula especial que se sumergirá. Morirá dentro de esa cápsula. Es nuestra forma de sepultar a los ajusticiados para siempre. En el fondo del mar helado, Kervin.

—Vaya... —Los ojos brillaron en el rostro tenso de

M-31

—. No se puede decir que me dejen excesivas oportunidades de sobrevivir.

—Ninguna, amigo Kervin —rió Stefanis—. Ninguna.

E hizo un gesto. Dos guardianes de negro uniforme, le escoltaron, camino de alguna parte. Quedaba la última cena. Y después... la ejecución.

Brian Kervin suspiró, camino de su final inexorable.

—Después de todo, valió la pena —dijo entre dientes—. Pudo haber salido bien.

—¿Su aventura? —Rothman negó—. No, Kervin. Imposible. No podía salir bien en modo alguno. Somos los más fuertes.

Y una hora más tarde, apurada la última comida y la última copa de buen *brandy* francés, Brian Kervin era encerrado en una cápsula oblonga de plástico vitrificado y por un tubo lanzatorpedos, era enviado a las simas marítimas.

—Adiós para siempre,

M-31

—dijo Rothman—. Buen viaje a la eternidad.

Brian Kervin contempló el mar desde su encierro. Hacía frío incluso dentro de la cápsula mortal que iba a ser su flotante ataúd en el fondo del mar.

Hizo lo único que podía hacer. Movi6 su lengua entre los dientes. Alcanzó el paladar. Despegó la placa adherida allí. La ingirió, tras quebrarla a mordiscos. Era como caramelo roto. Pasó bien a su interior.

Un calor interior se extendió por su cuerpo. La sustancia térmica, actuó, acabando con su frío glacial. Se reactivó la circulación. Ahora tenía que salir de la cápsula. Y surgir al exterior.

Tocó con los dedos el plástico. Era duro, como metal. Esta vez, no fueron sus dientes, sino una de sus uñas, la que se quedó adherida en el plástico vitrificado. Empezó a chorrear humo. El plástico se derritió rápido.

Brian sonrió. Aún no estaba hecho todo, pero sí gran parte del juego. Sus micro armas adheridas al cuerpo, invisibles e indetectables por cualquier medio técnico conocido, estaban actuando bien. Tal y como se proyectó todo. Claro que los riesgos eran inmensos. Era una misión suicida, prácticamente imposible. Y como tal la aceptó. Morir era más que un riesgo cuando embarcó en el navío del oro. Era casi una seguridad total.

Y sin embargo...

Sin embargo, había una posibilidad. La estaba apurando.

Se quebró la cápsula. Pudo salir al gélido mar ártico. La dosis térmica evitó su muerte por congelación. Su cuerpo despedía intenso calor supe concentrado.

Contuvo el aliento. Nadó hacia arriba, a la superficie lejana. El oxígeno concentrado en una cápsula que simulaba ser una de sus últimas muelas —vaciada hacía; tiempo para esa clase de recursos supremos— duraría tres minutos. Suficiente acaso. O quizá no...

Fue suficiente. Llegó a la superficie gélida. Nadó, bajo un negro cielo estrellado. Se despojó de su chaqueta, minuciosamente revisada en la base Uno de Stefanis. Pero revisada como posible arma, no como un ingenioso y oculto sistema de lancha hinchable automáticamente, por una descomposición química de ciertas materias, al contacto con la superficie del mar.

—Bendito jefe de material —suspiró, flotando sobre la mágica chaqueta hinchada—. Sin él, no sé lo que sería de mí...

Flotó en la noche. Había pasado por toda clase de sistemas detectores. Nada de lo que llevaba consigo fue detectado. Su aislamiento contra toda radiación posible, era total. Un prodigio de la electrónica, la química y la física.

Ahora, desprendió de sus cabellos unas livianas placas transparentes, como vellosas que se confundían con el cabello. El arsenal viviente que era

M-31

en aquella loca misión, se convirtió ahora en un potente emisor de ondas especiales, de una frecuencia nueva, imposible de captar, ni

quiera por Stefanis y sus potentes sistemas electrónicos.

Aquellas ondas vibratorias especiales, de elevadísima frecuencia, viajaron hasta puntos-escucha dispersos por algunos puntos del Atlántico, lejos de los Sargazos, lejos de Groenlandia.

Y secretamente, se puso en marcha la silenciosa máquina bélica mundial, centrando su ataque en el Punto Cero señalado matemáticamente por Brian Kervin.

Brian fue rescatado por un silencioso submarino, provisto de neutralizadores de radar y de detención magnética, antes del amanecer.

Y a bordo vio el holocausto, en una pantalla televisora en color.

Vio lo que pudo haber sido el fin del mundo.

Y fue solamente el fin de una isla oscura, propiedad de un armador griego, utilizada oficialmente como puerto pesquero para bacaladeros.

Cuando la superbomba, teledirigida, alcanzó la isla, antes de que nadie en ella pudiera detectarla, Brian temió que la explosión en cadena de los depósitos de antimateria, pudiese extenderse a todo el orbe.

Por fortuna, todo se limitó a un hongo gigantesco, termonuclear, a una llamarada cegadora, al caos de una isla, al hervir rugiente de un mar que parecía un volcán súbito.

Y allí terminó todo.

—Rothman, Stefanis, el oro, la antimateria —suspiró Brian, algo pálido—. Todo terminó. Resulta terrible.

—Más terrible hubiera sido esa gente en libertad, frente al mundo —sentenció el almirante que ordenó el lanzamiento de la superbomba. Puso su mano firme en el hombro de Kervin—. Amigo mío, ahora sí que podemos decir que todo terminó, gracias a su valor personal. Usted se arriesgó a morir, y triunfó. Mi felicitación sincera.

—Gracias, señor.

El submarino, puso proa a Estados Unidos. Era el final de la lucha. El fin de la propia antimateria, controlada por vez primera por un hombre; Gabe Rothman, el oscuro ayudante del profesor Strauss.

Brian suspiró, cansado. Se acostó en un lecho del submarino. Pidió no ser despertado hasta llegar a Estados Unidos. Y el capitán del submarino, cumplió sus deseos al pie de la letra.

Todos estaban conformes, a bordo o en cualquier parte del mundo donde conocieran la misión terrible aceptada por

M-31,

en que el agente especial de Seguridad Nacional, se merecía cuanto pidiese, tras la experiencia vivida en la misteriosa y oscura isla del Ártico.

CONCLUSIÓN

—El Presidente estrechó mi mano, y todo terminó Cyd Darrin contempló risueña a Brian Kervin.

—Has sido un auténtico héroe, Brian —le felicitó—. Espero que no sea preciso volver a enfrentarse a la antimateria.

—Yo espero que el mundo reflexione un poco más, y no se ponga a hacer nuevos experimentos con formas energía que a veces no sabe o no puede controlar, y que ni siquiera es capaz de guardar celosamente de los maníacos y de los delincuentes.

—De modo que Rothman servía a Stefanis, éste utilizó a Memory y sus asesinos, y luego se sirvió de alguna droga para volver a convertir en delincuentes a los que regeneraba tu amigo, el doctor Lash.

—Exactamente. Lash conocía a Strauss, éste sabía el trabajo, lo comentaba con Rothman, en quien tenía ciega confianza, y el traidor actuaba a su modo.

Así ocurrían las cosas. Y nadie sospechaba del leal Rothman.

—¿Y Strauss? ¿Apareció al fin?

—No, no aparecerá jamás. Rothman confesó la verdad. Strauss acabó por sospechar de él. Algún error de su ayudante le indujo a ello. Entonces, fue asesinado y hecho desaparecer su cuerpo.

—Un sabio eminente, perdido para el mundo.

—Ha habido otras pérdidas. Lo importante es que no se perdió el propio mundo, Cyd.

—¿Crees que ellos hubieran llegado a lanzar la antimateria sobre los países?

—Lo hubieran hecho, sí. Ten en cuenta que Stefanis era un maníaco, un megalómano con sueños de superhombre y dominador. Si se hubiese visto obligado a ello, hubieran actuado contra el mundo entero, Cyd.

—Debió llevarse una sorpresa inmensa cuando todo se hizo añicos en su islote.

—Tal vez ni tuvo tiempo de sorprenderse. Todo fue tan súbito, tan terrible. —Brian hizo un gesto expresivo—. Por favor, olvidemos

eso, querida. Y pensemos en nosotros de nuevo. En la vida, que continúa, gracias a Dios.

—Y gracias a

M-31

—le recordó ella, irónica.

—Bueno, tuve suerte. De otro modo, estaría muerto. Y ellos hubieran ganado su batalla.

Sonó la músicaailable. Cyd tomó la botella de champaña. Se la entregó a Brian.

—Descorcha tú. Eres el personaje de honor aquí —le invitó.

Él descorchó. Sirvió, sonriente, en las copas. Negó luego.

—No, Cyd. Tú eres siempre mi personaje de honor.

—Embustero. ¿A cuántas chicas dices eso al cabo del año? —dudó riendo la hermosa rubia.

—A muchas —admitió Brian, riendo también—. Pero a ti te lo digo sinceramente.

—Y también a ellas.

—No, a ellas no. A ti solamente, preciosa —alzó su copa—. Por nosotros. Por una noche feliz y por un futuro lleno de maravillas.

—Por los dos —brindó ella.

Bebieron. Dejaron sus copas. Se miraron a los ojos.

—¿Bailamos, Brian? —invitó ella.

—Iba a pedírtelo ahora. Bailemos.

Salieron a la pista. Se apretaron lo más posible uno si otro. Se encontraron sus labios largamente. Se miraron a los ojos, nuevamente.

—Brian.

—¿Sí? —murmuró él.

—Brian, ¿cómo puede haber quien piense en cosas como..., como la antimateria?

—No sé. A veces, el mundo está loco. Rematadamente loco, Cyd.

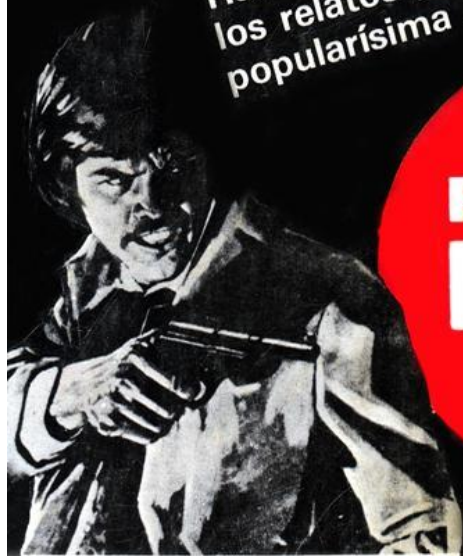
Y siguieron bailando. Y siguieron besándose. Y mirándose a los ojos.

Sí. A veces, el mundo tenía que estar loco, para olvidar ciertas cosas. Cosas maravillosas, que formaban parte de la vida misma.

FIN

El suspense más
«insoportablemente» atroz...
El misterio más apasionante...
La acción más desencadenada...

Hallará siempre todo ello en
los relatos policíacos de la
popularísima COLECCION



**PUNTO
ROJO**

¡Reserve con tiempo su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

IMPRESO EN ESPAÑA



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Los datos técnicos e históricos que aquí se citan, son rigurosamente ciertos. El autor ha procurado aquí basarse en hechos verídicos y en teorías convertidas en realidad tremendamente actual, porque eso no sólo da verismo al tema, sino que es muy superior a cualquier fantasía. < <

[2] Siglas de la Organización Mundial de la Salud, dependiente de la ONU. < <

[3] Sakiyaki: plato típico japonés, compuesto de carne de cerdo o gallina, rehogada con verduras, sin agua, y acompañado de lechuga y judías. Sake: vino de arroz, bastante fuerte de grados, habitual en toda comida nipona. El restaurante citado tiene especialidad, en Nueva York, en tal plato y bebida. < <

[4] Dark, en inglés, significa «oscuro» u «oscuridad». De ahí el comentario. < <